ARMONÍAS

JOSÉ MÁRMOL

Nació en Buenos Aires el 4 de diciembre de 1818; estudió en el Colegio de Ciencias Morales, hasta 1838, en que fué encarcelado por sus opiniones políticas. Emigró a Montevideo en 1840, tomando una activa participación en la campaña periodística contra Rosas. En 1852, después de Caseros, regresó a la patria, interviniendo en la vida pública de la nación. En ese mismo año nombrósele encargado de negocios ante los gobiernos de Chile y Bolivia, misión que no pudo atender; fué senador en la Legislatura de Buenos Aires, Convencional (1860) y comisionado ante el gobierno del Brasil (1861). Fué, poco antes, nombrado Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, puesto que desempeñó hasta la fecha de su muerte.

La personalidad literaria de Mármol fué múltiple y sus obras presentan un valor muy desigual.

Como periodista colaboró activamente en las polémicas contra Rosas, prefiriendo a menudo la poesía a la prosa y contribuyendo a formar el género de periodismo en verso que floreció durante la emigración.

Su obra poética refleja ese estado de ánimo, componiéndose de cantos patrióticos, loas a la libertad, invectivas a la tiranía y páginas sentimentales no exentas de mérito. En Montevideo (1851) fueron reunidas sus principales composiciones, y reeditadas en Buenos Aires (1854) en dos volúmenes, con el título de "Armonias", que se conserva en la presente reedición; en 1889, su hijo, Juan A. Mármol, reeditó con el título de "Obras de José Mármol", el poema "Cantos del Peregrino" (cuyos primeros cuatro se editaron en Montevideo, 1867) y "Poesías Diversas", incluyendo entre estas últimas muchas que no figuraban en la edición de 1854. Con el título de "Obras Poéticas y Dramáticas" ha seleccionado algunas de las anteriores D. José Domingo Cortés, agregándoles los dramas en verso "El Poeta" y "El Cruzado" (edición Bouret).

La edición de sus poesías que publica La Cultura Argentina (1917) es mucho más completa que las precedentes; se ha procurado conservar las fechas de muchas composiciones, no siendo posible establecer la de todas.

Completan la obra de este poeta el poema "Cantos del Peregrino" (ocho cantos), y los dos dramas en verso, ya mencionados, escritos en la misma época.

Más célebre como prosista, compuso la interesante novela "Amalia", cuyos personajes tienen por escenario la época de Rosas; obra importante y duradera, por su interés narrativo y por su evocación histórica, ha tenido ya numerosas ediciones, siempre leídas.

Falleció en Buenos Aires, después de sufrir una cruel ceguera, el 12 de agosto de 1871.

"LA CULTURA ARGENTINA"

JOSÉ MÁRMOL

ARMONÍAS

— POESÍAS —

Ordenadas y con un prólogo de

CARLOS MUZZIO SAENZ-PEÑA



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1917

INTRODUCCION

Debe José Mármol el prestigio literario que rodea su nombre, no sólo a la colección de poesías que en este volumen se ofrecen al lector, o a otras producciones poéticas que, completas o fragmentarias, han llegado hasta nosotros, sino también a aquella novela intitulada "Amalia" que todos los argentinos conocemos y que es para la literatura nacional, por su carácter histórico y por la fidelidad que encierra en la descripción de episodios y personajes, la obra que con mayor exactitud pinta los tiempos de la tiranía de Rosas y evoca los momentos de angustia por que entonces atravesara el país.

José Mármol, periodista, orador, político, novelista y, ante todo, ferviente patriota, poseía, sin duda alguna, verdadero estro poético. Era el arpa eólica que resonaba impelida por el viento, sin que jamás se detuviera a meditar sobre el tema que cantaba; cantaba porque la poesía era en él una manifestación natural que fluía espontáneamente, obedeciendo a estados espirituales, en los que algunas veces predominaba un marcado lirismo y otras

se caracterizaba por vehementes explosiones de amor patrio, germinado en un espíritu que sufre y se rebela ante las opresiones que vejan a su tierra y los sinsabores que afligen a sus hijos.

José Mármol tenía, además, el alma delicada de los artistas. La naturaleza le atraía irresistiblemente; el paisaje descubríale sus misteriosos encantos. Hay en algunas estrofas que forman el poema del Peregrino, trozos de verdadera poesía en los que el poeta nos describe, con la amable sencillez que le caracteriza, la belleza lujuriante de los trópicos y la imponente majestad de nuestros mares meridionales.

El Peregrino, héroe del poema, a quien el autor llama Carlos, es él mismo, es el poeta que, desterrado, lejos del lugar donde naciera, vese obligado a peregrinar por países de América en busca de ansiado reposo espiritual, que sólo su querida Buenos Aires puede darle.

José Mármol llegó a adquirir renombre de poeta en las repúblicas del Plata; pero su obra, fuera de la popularidad alcanzada en aquellos días, no conservará su emoción a través de los tiempos. Muchos de sus versos fueron escritos bajo un estado de ánimo singular, que no ha podido ser trasmitido, valga la distancia, a todo aquel que los leyera, o porque su interés principal es el que provoca en el momento: así acontece con las poesías políticas y con el efecto que están llamadas a producir en épocas de opresión, de odios y de rencores. Sus

otras producciones, de carácter puramente lírico, sólo conservarán un valor histórico en la literatura patria. Pertenecen, por su estilo, por su métrica y por el fondo poético que encierran, a un género que no alcanzó a ser clásico y que, pasado ya de moda, no llega a satisfacer, ni en parte, las tendencias que ha despertado en las nuevas generaciones la evolución literaria de los últimos tiempos.

No sólo se descubre la influencia ejercida por lord Byron en los ya mencionados cantos del Peregrino, que parecen moldeados en el *Childe Harold* del bardo inglés, sino que en las otras composiciones que completan la vastísima producción de este poeta americano se advierte bien definida la tendencia característica de la época: José Mármol era un romántico. Su romanticismo, al contrario del que cultivara Echeverría, admirador de los poetas de Francia, es marcadamente español. La influencia de Espronceda, unas veces, y la de Zorrilla otras, surgen a cada momento de las canciones líricas de Mármol. Este no se limita a evocar en sus composiciones la forma o el estilo puesto en uso por sus poetas favoritos, sino que en su admiración por aquéllos, y dejándose llevar del entusiasmo que en su espíritu despierta esa poesía romántica, llega a imitar la métrica y el ritmo y a servirse de los mismos temas que inspiraran las canciones de sus poetas predilectos.

Y es que José Mármol prefiere el verso a la prosa para expresar sus afectos y rencores, sus inquietu-

des y sus esperanzas. Y al rimar sus pensamientos recurre, indistintamente, a diversas formas de versificación. Trata, en la mayoría de los casos, de adaptar la rima y el metro a las muchas y diversas ideas que, en confusa aglomeración, bullen en su cerebro; se esmera por describir, en determinado género, las imágenes creadas por su imaginación, vasta y profusa. Así le vemos cultivando con sin igual entusiasmo una sorprendente variedad de combinaciones métricas y atacando con la misma intrepidez el drama, la novela, los asuntos filosóficos, amorosos o patrióticos. Canta a Dios con verdadera inspiración cristiana; evoca en sentidas estrofas la figura de la mujer amada; o, al dar rienda suelta a su patriótico entusiasmo y a sus congojas de expatriado, se queja amargamente, en sonoros decasílabos, de su mísera suerte y fatal destino. Hermana una melancolía conmovedora con un ferviente optimismo. Canta con fe y esperanza; sus versos no traslucen el desaliento del que, vencido para siempre, desespera de ver restauradas sus ilusiones y tangibles los ideales que le dieran fuerzas para combatir. Ese entusiasmo que caracteriza sus poesías políticas, suele comunicárselo a sus contemporáneos. Adquiere, entonces, más defensores la causa de la libertad. Los versos del poeta se recitan doquiera se reuna un núcleo de verdaderos patriotas y sus enérgicos clamores sirven para despertar las ansias de justicia anidadas en el corazón

de los argentinos que sólo esperaban una ocasión propicia para combatir al tirano.

"¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, ¡no!"

¿Quién que haya leído estos versos, no habrá evocado, ante el brío que muestran y el odio que encierran, el profundo rencor que germinaba en los corazones de aquellos patricios?

"¡Prestadme tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno, bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna, tremenda maldición...!"

¿Quién ha cantado con igual invectiva, canción de odio más sincera y espontánea en nuestros países de América?

Muchos son los defectos que el lector advierte en la abundante producción poética de Mármol. Hay, es verdad, una ingenua sencillez unida a una franca naturalidad; pero el desaliño de la sintaxis, los atentados contra la pureza del idioma y las incoherencias imaginativas provocadas, quizás, por la agitada vida que viviera el poeta, réstanle no pocos méritos a la obra e influirán grandemente en que ésta no perdure, como perdurará, seguramente,

el nombre de novelista de que goza su autor. Finca la fama de Mármol, más que en su labor periodística, parlamentaria o poética, en su espíritu sano y batallador, y en la fe inquebrantable con que combatiera por sus ideales.

Cuando, con el correr de los tiempos, las nuevas generaciones echen una mirada retrospectiva y descubran, entre la pléyade de nuestros patricios, la figura de Mármol, ya esfumada con el correr de los tiempos, sólo evocarán los contornos espirituales de ese hombre como un símbolo de rebeldía, de lucha y de odio contra el opresor de la patria. Pero ¡cuán pocos sentirán, entonces, admiración o entusiasmo por su obra poética, que sólo merecerá la nota marginal o la cita honorable de los comentaristas de nuestra historia literaria!

Poseedor de una cultura superficial, era notoria la audacia que le llevaba a intervenir en asuntos opuestos a sus tendencias y extraños a su preparación. Sin embargo, y a pesar de ello, Mármol fué llevado, en repetidas ocasiones, a ocupar puestos representativos.

Después de su frustrada visita a Chile, viaje que no pudo realizarse a causa de que fuertes temporales sorprendieron al barco en que viajaba el poeta, éste retornó al Brasil, donde ya había residido en tiempos anteriores, y en cuya capital permaneció dos años, "los más tranquilos y felices de su vida". De allí se embarcó para el Río de la Plata

y llegó a Montevideo cuando esta ciudad se hallaba sitiada por las fuerzas de Oribe. Permaneció algún tiempo en la capital uruguaya como secretario del general Pacheco y Obes. Librada la batalla de Caseros y vencido el tirano, regresa a Buenos Aires, cuyo cielo iluminan los albores de un nuevo sol de libertad.

Nómbrale, el gobierno de su patria, encargado de negocios en Chile y Bolivia; lo elige, el pueblo, senador y luego convencional e interviene en los debates de la reforma de la constitución.

Más tarde es nombrado ministro argentino en el Brasil y va a explorar el ánimo de la nación vecina, y a conocer la actitud que ésta asumiría en caso de que la Confederación llevase adelante sus planes de independencia.

La batalla de Pavón y sus resultados, de todos conocidos, cambiaron el orden de las cosas y dieron otro giro a los acontecimientos políticos. El flamante ministro vióse obligado a regresar al país por ser innecesarios sus oficios ante el gobierno brasilero.

De retorno a Buenos Aires, el 23 de octubre de 1858, y por renuncia del doctor Tejedor, asume el cargo de director de la Biblioteca Nacional, que desempeña hasta 1871, año en que le sorprende la muerte, después de haber perdido completamente la vista.

Es ciertamente deplorable que un ingenio tan

múltiple y una energía tan indomable no hayan sido empleadas, junto con otras dotes que poseía Mármol, a la realización de obras más orgánicas y verdaderas.

Exceso de poesía y exceso de ensueños había en este hombre, cuyo romanticismo era su virtud y su defecto.

Mármol llegó a creer que su inspiración poética pertenecía a los acontecimientos de entonces y de ellos emanaba, cuando, en realidad, esos no eran sino pretextos para que el poeta diera rienda suelta a su estro. Y es por esa causa que los momentos más tristes o más alegres de su vida, los episodios más risueños o más trágicos, sólo han motivado la composición de una nueva estrofa o la rima de un nuevo tema. Vivía en continua poesía y ésta llegó a preocuparle tanto como las injusticias con que el tirano avasallaba su patria.

Las "peregrinaciones", en que a cada rato se descubre el molde byroniano y que el genio poético de Mármol ha idealizado románticamente, a pesar de ser, como aseguran algunos críticos, su mejor obra poética, muestra, como la mayoría de sus composiciones líricas, una sensible pobreza en la versificación, en la concepción de la idea y en la descripción de las imágenes. En alguno de los ocho cantos que forman el poema del peregrino, nótanse indicios que descubren la intención del poeta de esmerar el estilo, depurar la forma y usar, con mayor propiedad, el len-

guaje; pero difícilmente marcarán ellos una época en la historia de la literatura patria.

Sus poesías líricas, en las que, como ya hemos observado, campea un romanticismo a la manera de Zorrilla y Espronceda, alcanzaron cierta notoriedad cuando por vez primera aparecieron en forma de libro; mas fama ocasional, al fin: la irradiación de esa aureola fugaz no llegó hasta nuestros días.

Las poesías líricas que en este volumen se ofrecen al lector, forman la colección más completa de las hasta ahora publicadas. Algunas han sido recopiladas de varios periódicos y revistas de Montevideo, en los cuales las publicó el autor, cuando emigró de su patria, y la mayor parte fueron sacadas de la segunda edición de las poesías completas de Mármol, editadas en Buenos Aires, en el año 1854, en dos volúmenes con el título de "Armonías" y que constituyen una selección más amplia y esmerada que la que componía la primera edición y viera la luz en Montevideo en 1851. Son, en su mayoría, y como bien lo hace notar su propio autor, meras impresiones del momento ligadas a determinados episodios de su azarosa vida.

"Pertenecen — dice el poeta, refiriéndose a sus poesías — a esos suspiros del corazón enviados desde el extranjero hasta las playas argentinas en el ala del céfiro o en el rayo tierno y melancólico de la luna; a esas armonías del sentimiento con que nuestros poetas revelan la des-

gracia de la patria y esperanzaban en el porvenir durante la larga noche de la esclavitud''.

No hemos pretendido, en las líneas que dejamos bosquejadas, estudiar o criticar detenidamente la obra o la personalidad poética de José Mármol. Fuera inútil intentarlo sin repetir lo que eruditos biógrafos ya han dicho. Debo referirme, especialmente al estudio realizado por don Pablo Groussac, y que forma parte de la inapreciable noticia que sirve de prefacio al catálogo de la Biblioteca Nacional.

Sirva de pretexto para el trazado de estas líneas, el deseo de contribuir, aunque modestamente, al mejor conocimiento de nuestros hombres de las pasadas generaciones, especialmente de aquellos que por su energía y esfuerzos personales lograron salvar las letras argentinas del desastre que las amenazaba y consiguieron, al mismo tiempo, devolver a la patria su perdida libertad.

C. Muzzio Sáenz-Peña.

Diciembre de 1916.

ARMONÍAS

A ROSAS

El 25 de mayo de 1843

I

¡Miradlo, sí, miradlo! ¿No véis en el oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente,
Ya viene a nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo, con su brazo
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneración! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman.
Y abiertos los sepulcros responden a su voz.

II

¡Sus hijos! ¿por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¿Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,
A tierras extranjeras a mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales
¿Por qué ya no se escucha la salva del cañón,
Los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
El aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata
¿Por qué está de rodillas sin victoriarse ¡oh sol!
Por qué, como otros días, sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera,
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que a mis ojos brillas,
Para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!
La Emperatriz del Plata te espera de rodillas
Ahogada entre gemidos su dolorosa voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
Salvaje de la pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él!

IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento.
¿Qué has hecho de la patria que te guardaba en sí?
Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Y dinos de sus glorias la que te debe a tí.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños,
Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con rayos que indelebles en la memoria están,
Y dinos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,
O acaso en Chacabuco, o en Maipo, o en Junín;
O si marcando hazañas más célebres y grandes,
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dinos que lidiando la hubiste en Ayohuma,
O acaso en Vilcapujio, Torata, o Moqueguá.

VI

¡Ah, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció,
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón,
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueño del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestían de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta pampa llevabas tu corcel.

VII

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada,
Sino miseria, sangre, desolación sin fin:
Jamás en las batallas se divisó tu espada,
Pero mostraste pronto la daga de Caín!

Cuando a tu patria viste debilitado el brazo
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre a ríos se derramó doquier,
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu o demonio su inspiración te da
Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
Para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo, sobre el lecho,
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN...!

X

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemen-
De un déspota que abriga sangriento frenesí, [cia
El corazón rechaza la bíblica indulgencia;
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad entonces, cuando la vejan tanto
También tiene derecho de maldecir como él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas,
Pero como argentino las de mi patria, NO.

XI

Por tí esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
Sobre su espalda un mundo, bajo su pie un león,
Hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
Pues, de los hombres harto, para ofender a Cristo
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un te-
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!... [cho

XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir,
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos,
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

HAY MÁS HALLÁ, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios,
Y el Chimborazo al verlo lucir en el oriente:
HAY MÁS HALLÁ, responde con su gigante voz.

Al expirar los héroes, HAY MÁS HALLÁ exclama-
Su acento conmoviendo de América el confín; [ron,
Y, al trueno de los bronces HAY MÁS HALLÁ gritaron
Los campos de Ayacucho, de Maipo y de Junín!!!

XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está:
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Que temblará en el pecho tu espíritu infernal:
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza,
O el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que oprime tu ambición;
Y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente,
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, sol de Mayo, los días inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en tí;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales,
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

CANTO DE LOS PROSCRITOS

I

¡Patria! ¡Patria! ¡palabra divina
Que en el cáliz del alma se esconde,
Y a los sueños del alma responde
Con promesas sublimes de amor!
Ese nombre de paz y esperanzas
Es la dulce oración del proscrito:
El aprende a llamarle bendito
En la escuela que enseña el dolor.

II

Patria hermosa que cuentas tus penas
A las ondas del río argentino,
Algo santo te deja el destino,
Al dejarnos el llanto por tí.
Feliz hija del Genio y la Gloria;
Triste madre de un tiempo de luto
¡Ay! recoge ese noble tributo
Que refleja tu imagen en sí.

III

Sobre el árido suelo extranjero
Nuestra vida ha perdido sus flores
Y, a la luz de los años mejores,
Se tocó con la noche su albor.
Pero en medio a la recia tormenta
Que nos bate y marchita la frente,
Bajo puro dulcísimo ambiente
Conservamos la flor de tu amor.

IV

Al dejar de un hermano los restos
Bajo el suelo extranjero, tan mudo,
Suspiramos al ver que no pudo
Ni la vida en su patria perder.
Y al nacer nuestros hijos al mundo
Mil recuerdos nos hieren prolijos,
Al pensar que ni vemos los hijos
En la patria del padre nacer.

V

Fija, eterna, escondida en el alma
Vive ¡oh patria! tu imagen hermosa
Como gota del alba en la rosa,
Como perla en el fondo del mar.
Tierno, santo, tu nombre a los cielos
En suspiro purísimo sube,
Como el salmo en la pálida nube
Del incienso que exhala el altar.

VI

De los mares remotos las ondas
Todas saben tu nombre y tus penas;
Del desierto las tibias arenas;
Bosque y prados lo saben también.
¡Ay, si hablasen las lánguidas nubes
Que despiden al sol en la esfera!
¡Ay, si hablase la triste viajera
Que circunda de estrellas su sien!

VII

Todo el orbe se presta a nosotros:
En las nubes te van pensamientos;
El *pampero* nos da tus alientos;
Nuestro llanto en las ondas tomad.
¡Ay, que en torno a tus puertas andamos
Cual amante que vela y se queja,
Con su brazo rozando la reja
Que le encierra su virgen beldad!

VIII

Tus recuerdos son culto divino
Que te rinde doquier la memoria;
Nunca hubieron tus tiempos de gloria
Más espléndida aureola de amor.
Que entusiasmo que vive en el alma
Tras veinte años eternos de llanto,
Tiene mucho de grande y de santo
Para orlar un recuerdo de honor.

IX

Preguntad a la aurora de Mayo
Por la frente que le alza el proscrito;
Preguntad si su rayo bendito
No le baña orgulloso la sien.
Preguntad a las tumbas que sienten
Cuando en hebra fugaz de aquel rayo
Les mandamos recuerdos de Mayo,
Y un gemido del alma también.

X

¿No miráis esas luces que brillan,
Cual destellos de un fuego divino?
Son los ojos del Genio Argentino
Irritado en tu obscuro confín.
¿No escucháis un confuso rüido,
Como de onda de un mar que se avanza?
Son las sombras que claman ¡venganza!
De los héroes de Maipo y Junín.

XI

¿No sentís que tu planta resbala
Sobre el húmedo suelo que tocas?
Es que el suelo y el monte y las rocas
Sudan gotas de sangre a tu pie:
Es que todo se irrita y conmueve
Al no ver de tus tiempos de gloria,
Más virtud ni más santa memoria
Que del pobre proscrito la fe.

XII

Alza ¡oh madre! tu mano sagrada
Y bendice tus hijos proscritos;
Que de aquellos tus tiempos benditos
No te queda más que ellos y Dios.
Los que besan el pie del tirano
No son dignos de un otro destino;
Son ladrones del nombre argentino,
Son bastardos sin alma ni voz.

XIII

Somos pocos ¡oh patria! y no importa,
Pues la gloria de un pueblo y su nombre
Suele a veces guardarse en un hombre,
Cual las luces del orbe en un sol.
Para ver lo que valen los pueblos
No se cuentan jamás sus esclavos;
Son sus hijos virtuosos y bravos
Los que dan a la historia el crisol.

XIV

Desterrados y pobres y pocos,
En nosotros el alma es un templo
Donde brilla en magnífico ejemplo
La más pura argentina virtud.
Y si en medio al destierro caemos,
Prolongada tu suerte inclemente,
Será siempre padrón elocuente
De tu honor nuestro humilde ataúd.

XV

En la lid y al puñal del tirano
Han caído tus hijos mejores;
Al puñal o los crudos rigores
Del destino caeremos también.
Mas no temas; te quedan los niños,
Esas verdes promesas de gloria,
Cuya voz cantará tu victoria
Coronada de palma tu sien.

XVI

¡Adiós, madre que el alma idolatra!
Dios recoja tu llanto bendito;
Y la vida del noble proscrito
También halle el amparo de Dios!
Reclinada en las tumbas de Mayo,
Otro tiempo benéfico espera,
Y, de él hasta el alba primera,
Hija y madre de héroes, ¡ADIOS!

A MIS AMIGOS DE COLEGIO

¡Cuán dulce es el recuerdo de los primeros años,
Tan libres de dolores y amargos desengaños.
Entre amistad sincera, bajo del patrio sol;
Cuando la vida se abre purísima y hermosa
Su aroma derramando, como la fresca rosa
Cuando a pintar empieza del día el arrebol!

Cuando del alma ingenua la abrillantada suerte
Hace dudar al niño si hay para el hombre muerte,
Y penas en el mundo para su corazón;
Y nuestro *ayer* se toca con el arrullo tierno
De nuestra cuna de ángel; y el porvenir, eterno
Miramos por el prisma de la imaginación;

Y se cree mentira lo que contar oímos
De humanas liviandades y males que no vimos,
Y amigos que se venden y amores con doblez;
Y a imaginar llegamos al contemplar los viejos,
Que casi es imposible llegar hasta tan lejos,
O que nos faltan siglos para sentir vejez;

Cuando en el pecho, inmenso para hospedar amores,
No caben desconfianzas ni ingratos sinsabores,
En medio de los sueños de música y solaz;
Ni caben en el orbe las bellas profecías
Que al alma le diseñan los perfumados días
Que vienen sobre el ala de un céfiro de paz;

Cuando con fe creemos que nada hay en el mundo
Más bello que el paraje donde se abrió fecundo
Nuestro jardín de vida bajo la luz de Dios;
Donde nos dar no pueden, el cielo ni la vida,
Placer cual la mirada de la primer querida,
Ni música más dulce que la fraterna voz;

Cuando la vida ardiente con su ebriedad divina
Quiere apurar de nuevo la copa diamantina
Y su licor recoge del labio maternal:
¡Sublimidad del alma! ¡purísimo embeleso
Que baja de los cielos en el materno beso,
Y desde el labio al alma se escurre celestial!!

¡Cuán dulce es el recuerdo feliz de esos instantes,
En medio de la vista cuando los ve distantes
La ya cansada vida del triste corazón;
Y allá de lo pasado los toma la memoria,
Como las flores secas de lápida mortuoria
Que cubre algunos restos de nuestra adoración!

Mis jóvenes amigos, vosotros los que un día
Con mi alma concertasteis la cándida armonía
De vuestras bellas almas en la primer edad;
Jamás fué vuestra imagen a mi memoria, ingrata,
Y, cuanto más el tiempo mis esperanzas mata,
Más pienso en aquel otro de amor y de amistad.

Con mis primeros sueños; con las primeras flores
Que del jardín de mi alma vertieron sus olores,
Inmaculado vive vuestro recuerdo en mí.
El tiempo es impotente para arrancar tirano
Raíces que bordaran el corazón humano,
Cuando las toma virgen y las ahonda en sí.

Mi vida es de recuerdos; yo vivo solamente
Cuando hasta lo pasado las alas de mi mente
Me llevan y me muestran mi rauda juventud:
Allí a mi Buenos Aires; la cuna de mi vida,
De mis primeros sueños, de mi primer querida,
De mi primera falta, de mi primer virtud.

Y en medio a esos recuerdos bellísimos de mi alma
Cuando mis ojos lloran en soledad y calma,
Os sabe, como entonces, mi corazón amar;
Vosotros que partíais conmigo la alegría,
La ciencia y los desvelos, la dulce simpatía,
Las verdes esperanzas, la bolsa y el hogar.

En esta vida errante que en mis tempranos años
Arrastro con mis penas por medio a los extraños
¿En dónde, en qué momento los míos olvidé?
Las tropicales brisas, las ráfagas del polo,
Los montes y el desierto, donde he llorado solo,
Conocen vuestros nombres y mi sincera fe.

Sabedlo, sí, mas nunca me agradezcáis tal cosa:
Pensando en la alborada de mi existencia, hermosa,
Quizá me abruma menos mi noche sepulcral!
¡Ah! ¿recordáis, amigos, lo que era a vuestro lado
Bajo mi patrio cielo? pues bien; todo ha cambiado;
De lo que yo era entonces no queda ni señal.

Aquel cabello negro cayendo en una frente
Donde brillaba tersa la juventud naciente,
¿No recordáis, amigos, al recordarme a mí?
¿Mis atrevidos ojos, mi estrepitosa risa,
Cuando íbamos contentos a respirar la brisa
Del Plata, no conserva vuestra memoria en sí?

Bien; mis cabellos negros están emblanquecidos;
Mi frente está marchita; mis ojos abatidos,
Y si mi labio ríe mi corazón ya no.
Tanto he cambiado, tanto, que si a vosotros fuera,
¡Ay! cierto, al pobre Mármol ninguno conociera,
Si mi alma os ocultaba, que me acercaba yo!

¡Treinta años solamente! ¿mas dónde guarecida
Queda una flor siquiera de mi lozana vida,
Yermada por el ala de rauda tempestad?
¿Qué idea ha esperanzado mi pensamiento fuerte,
Que, al golpe de diamante de mi terrible suerte,
No se haya hecho pedazos en mi temprana edad?

¡Oh, cuántas veces, cuántas, la sien he sacudido;
Y, cual salvaje potro que vuela perseguido,
Sin freno me he lanzado buscando no sé qué!
¡Ay! sí, lo sé, *Olvido*: — buscando solamente
Cualquier Leteo humano donde bañar mi frente,
Donde alejar un poco lo que mi vista ve.

Mas, ¡eh! yo no he podido jamás con mi destino:
Luchamos brazo a brazo desque en mi busca vino,
Pero él es un demonio con nervios de metal;
Y por segar tan sólo de mi alma los deseos
Me aparta, si los busco, de locos devaneos,
Y soy dos veces bueno sufriendo doble mal.

Sí; para mí en el mundo labrada está una huella;
Venid, corazón mío, marchemos ¡ah! por ella,
Mientras mi mano lleva la copa del dolor.
Y mientras vas regando con lágrimas tu historia,
Te irá dando en el mundo consuelos mi memoria,
Las horas recordando de mi rosado albor.

Venid por esa huella, mi vida será corta,
Pues que la humana trama las penas no soporta
Sino hasta cierto linde que determina Dios.
Yo sé que de mi vida la fuente se aniquila;
Yo sé que lo conozco con ánima tranquila,
Sin lágrima en los ojos ni quejas en la voz.

Amigos de mi infancia; mis tiernos compañeros,
Que miro recordando mis días placenteros,
Acaso nunca, nunca me volveréis a ver!
Yo sé que en mi sepulcro no crecerá una rosa
Que se abra y se matice bajo la luz hermosa
Del sol que sorprendiera mis ojos al nacer.

Pero ¡ay! pagadme siempre recuerdo con recuerdo,
Y si mis tristes días en suelo extraño pierdo,
Los ecos no se pierdan de mi infeliz Laúd.
Reconquistad mis versos, en que hallaréis mi historia;
Después... después, acaso, no muera mi memoria...
Yo he visto algunas flores nacer de un ataúd!

ADIOS A MONTEVIDEO

Adiós voluptuosa coqueta del Plata
Que lloras y cantas a orillas del mar;
Y el mar en sus brazos te besa, y retrata
Sobre olas azules tu nítida faz!

No en vano quisieron señores de antaño,
Robarte de niña, y esclava te hacer,
Mas ¡ay! que llegaron al Plata en su daño
Los regios piratas que huyeron después!

Yo sé que no es mucho tu amor a los míos,
Vejeces de Artigas, ¡caprichos no más!
Vendrán otros tiempos de menos desvíos
Y más reflexiva tu amor nos darás.

Un vértigo agita tu joven cabeza,
Y hoy vives con risas y llanto a la vez;
Beldad que en el mundo sus horas empieza,
Ingrata por gusto de verse querer.

Dejemos al tiempo... por mí, yo te quiero,
Y el alma me duele diciéndote ¡adiós!
De amor y placeres copioso venero
¿Por qué no te llaman: *Oriente de amor?*

Si valen tus hombres, ni sé, ni me inquieta;
Mas ¡ay! lo que valen tus hijas lo sé;
Sus ojos hicieron mi ser de poeta,
Jugando con mi alma su fe de mujer.

Mis bellos veinte años su jardín abrieron
En medio a tus hijas de talle gentil,
¡Nací tan sensible! ¡tan lindas nacieron!
¡Qué hacer! de las flores de todo el jardín.

Las vi tan hermosas que la culpa es dellas,
Si a todas no he dado recuerdos de amor;
Que es poco galante doncel que entre bellas
Ofende a las otras con una excepción.

Y sólo advirtiendo que mi ofrenda pura
No todas querían, ingratas, tomar,
Venguéme de todas, hasta la locura
Queriendo una sola de tanta beldad.

Verdad es que sola por todas valía,
Que es bien el llamarla belleza ORIENTAL;
Mas de aquel oriente do Mahoma envía
Huríes que sobran al jardín de Alá.

¡Qué noches! ¿recuerdas? la vían mis ojos
Más linda que miro la estrella y la flor,
Más llena de encantos de amor y sonrojos
Que asoma en verano la luz del albor.

Su esbelta figura; sus negros cabellos;
Sus ojos más negros; su pálida tez...
¡Por Dios, que pasaron momentos tan bellos!
¡Por Dios, que no pueden volver otra vez!

Adiós voluptuosa coqueta del Plata,
De en medio a las ondas te envío mi adiós;
El alma que abrigo jamás será ingrata,
Y pues fuí dichoso, ¡bendígate Dios!

LAMENTOS (1)

Sólo faltaba a la enemiga suerte,
que en duelo y llanto mi existir anida,
entre cadenas convertir inerte
la primavera de mi triste vida.

Y entre los muros de prisión odiosa,
y entre los hierros que forjó el rigor,
hasta del aire y de la luz celosa
me lanza ingrata a respirar horror.

Cual bestia fiera, en el inmundo suelo
tiento mi cuerpo, de dolor pasado;
y palpitando reclinar anhelo
la sien hirviente sobre el brazo helado.

De infamia ajeno, de maldad exento,
hago al descanso de mis penas dueño;
pero ¡ay! es breve, que en el alma siento,
llanto de fuego que destierra el sueño.

Pasan las horas y tan sólo veo
terror y espanto al derredor de mí...
¡Abrid, por Dios, que ponzoñado creo
hasta el aliento que respiro aquí!

---

(1) Estos versos fueron escritos la misma noche que fuí conducido a la cárcel. Estoy bien convencido que ellos no merecen ni el nombre de medianos, pero fueron producidos cuando el infortunio acabó de enlazarse a mi destino y es fuerza recordarlos con respeto. —José Mármol.

Pero, ¿a quién llamo, si tan sólo esconden
estas moradas de rigor eterno,
pechos de bronce que al dolor responden
con risa amarga que dictó el infierno?

Gózate en la obra de tu saña impía
destino, o monstruo para mí nacido,
pero no espere tu tenaz porfía
gozarse oyendo mujeril gemido.

Muestra a mis ojos espantosa muerte,
llévame al lado de la tumba helada,
letal veneno entre mi sangre vierte,
desciende a mi ama y la verás osada!

Muestra a mis ojos espantosa muerte,
mis miembros todos en cadenas pon,
¡bárbaro! nunca matarás el alma
ni pondrás grillos a mi mente, no!

En la cárcel, abril de 1839.

A BUENOS AIRES

Declarada la intervención anglo - francesa

Otra vez, patria mía,
Las naves de la Europa sobre el Plata,
Hacen la onda gemir y de sus reyes
Otra vez por tus playas se dilata
El eco de su voz dictando leyes.
Se obscureció aquel día,
Radiante luz de tí, sombra de Europa,
En que al huir las naves de Inglaterra,
Dando a tus playas con pavor la popa,
Dejaban sus pendones
De alfombra ensangrentada de tu tierra,
Y en sus rendidas armas
El símbolo primer de tus blasones.

Se obscureció aquel día,
Sin noche en tus anales,
En que del Plata las gigantes olas
Sorbiéndose las naves españolas,
Lanzaban a tus manos
Para adornar tus santas catedrales,
La enseña de los héroes castellanos.

¿Qué ha sido de tus tiempos, patria mía?
¿Qué ha sido de tus glorias y tus hombres?
No eres más que una lápida bordeada
De emblemas y de nombres,
Sobre cenizas descansando fría,
De polvo y de malezas rodeada!

¡Buenos Aires! ¿Recuerdas aquel tiempo
De libertad, de gloria? — Pues el mundo
Que, cuando grande, te batió las manos,
Desprecio siente o desamor profundo,
Cuando esclava te ve de los tiranos.
Y yo, yo que te debo
La vida que respiro, si prolijo
A nombrarte me atrevo,
Es porque yo respeto la grandeza
De tus pasados días..... como al hijo,
En cenagal de vicios degradado,
Le doblamos de paso la cabeza
En homenaje de su padre honrado.

Te insultan ¿y por qué? ¿Lo ignoras? Habla:
Pregúntalo al gaúcho que consientes
Jugar con tus destinos, cual un día
Jugaba a degollar los impotentes
Toros prendidos al certero lazo
Y en salvaje alegría
Mostraba tinto de su sangre el brazo,
Cuando allá entre las hordas de la Pampa
Era de Satanás alma y estampa.

Ante la luz del siglo en que vivimos,
Ante la religión y ante la paz del mundo,
La sangre còn que empaña nuestro suelo,
Y su sed de delitos insaciable,
Son un sarcasmo bárbaro, execrable
A su siglo, a la paz, al mundo, al cielo.
El linde de lòs pueblos
Ya no marcan sangrientos los aceros;
Ni su poder levanta
Cristiano pueblo en cráneos extranjeros,
Pisando de otros pueblos la garganta.
Y Rosas, la primera

Reputación del siglo, iluminada
Con las llamas del Tártaro: pigmeo,
Gigante en lo atrevido: — "dondequiera,
Dijo, alcance mi mano ensangrentada,
Soy yo quien lo deseo,
Brote sangre la tierra, y sangre y sangre".

Y las olas del Plata,
Y el Uruguay salvando sus legiones,
De un pueblo joven, desgraciado, hermano,
Hizo teñir sus campos de escarlata;
Borrando con la ley de sus cañones
La cara independencia que le dieron
Generosos los viejos campeones.

Los ecos del cañón vibrando fueron
Por las olas atlánticas a Europa,
Y la Europa escuchó..... Cansada dijo,
Como Dios a la mar, *tu linde fijo,*
De aquí no pasarás..... Y ved la popa
De las guerreras naves de repente
Desplegar en el Plata las banderas
De la Francia y de Albión.....

¡Triste destino
Es el tuyo, infeliz pueblo argentino!
Por la ambición de un déspota insolente,
Tienes que soportar las extranjeras
Penas de justa ley, siendo inocente:
Así para extirpar yerba dañina,
Si cava el labrador profunda huella
En extenso jardín, hiere por ella
La raíz de inocente clavellina.

El, nada más. Su loco desvarío,
Su sed de sangre, su ignorancia terca
Labra tu esclavitud, tu yugo impío,
Y de ignomia y de baldón te cerca.

¿Te pesa ver el pabellón de Mayo
Por la primera vez escarnecido?
Pues sacude el desmayo
Pronto del corazón. En el momento
Un cadalso levanta, y suspendido
Amanezca el salvaje
Con la melena ensangrentada al viento.

Un cadalso, dos, cien o mil cadalsos
¿Qué importa? — son la cuenta del verdugo —
Mas por librarse de tamaño ultraje,
Si es necesario que sacuda el yugo
Al fin un pueblo uncido, mil gargantas,
Cortadas por la ley, ya no son tantas;
Y el pueblo que las corta, con sus manos
Se libra de la afrenta y de tiranos.

El, nada más. Astuto y sin coraje,
No le acompaña al crimen la osadía,
Y culpa a los proscritos de ese ultraje.
....

¡Mentira, patria mía!
Mentira, como su alma, emponzoñada;
Negra como la sangre de su seno;
Torpe como su estirpe renegada;
Agria como la leche con veneno
Que nutrió sus entrañas, cuando al mundo,
En vez de madre, le abortó el profundo.

¡Mentira, patria mía!
Argentino y traidor no alumbra el día:
Y tus proscritos por doquier errantes
Sin hogar, y sin pan, y peregrinos,
Son desgraciados, sí, pero argentinos.

En campo abierto, con desnuda frente,
A los tiranos por doquier buscaron,
Y, a par del brazo el corazón valiente,
Quebraron lanza donde lanza hallaron:
Y sólo al pie de la bandera nuestra,
Y mandados en lengua de Castilla,
Centellearon los sables en su diestra,
Para lavar con sangre tu mancilla.

Si a la faz otra vez de las naciones
La Francia huye la guerra;
Alzando a Dios el alma esperanzada
¡Oh Rosas! otra vez te probaremos
Que cañones y ejércitos tenemos,
Mientras tengamos corazón y tierra.

Mientras haya argentinos
Que lleven, como yo, sobre su frente
La libertad y el patriotismo escritos,
Y dentro el corazón la fiebre ardiente
Del odio por tu nombre y tus delitos.
Hombres que, como yo, ni desesperan
Cuando te halaga la fortuna un día,
Ni la victoria esperan
Más que de su tesón y su osadía.

Como yo, que mi credo es la victoria;
Mi fe la libertad, y mi esperanza
El porvenir, de cuyo sol hermoso
Un destello doquier mi mente alcanza.

Destello bendecido por mi lira,
Hoy bajo el arco tropical radioso
Donde el cielo, la luz y el campo inspira;
Ayer sobre las ondas del oceano,
Bajo el día sin sol del yerto polo,
Cuando perdido y solo,
A las fraguas del rayo alcé la mente
Con la lira de bronce entre mi mano;
Y al son de las tormentas y los vientos,
Rugiendo mis acentos,
Lancé una maldición sobre tu frente.

A BOLIVIA

En 1846

I

Divina inspiración, genio del canto,
Tiende sobre mi sien tus blancas alas,
Y de entusiasmo en la pupila el llanto,
Suba la mente a las etéreas salas.

Postrada el alma ante el eterno trono
Beba las auras que el Señor respira,
Y de las arpas de marfil al tono
Temple las cuerdas de mi dulce lira.

La luz de Dios, radiante a mi memoria;
La voz de Dios, a mi mundano acento;
Y en un mar de esperanzas y de gloria
Se lance al porvenir mi pensamiento.

Tú grabaste, Señor, Dios de los mundos,
En la frente de América una estrella
Que al futuro en sus cóncavos profundos
Alcanza un rayo de su lumbre bella.

Yo seguiré ese rayo soberano
A sorprender los siglos con mi mente,
Como la fe del corazón cristiano
La lumbre sigue de tu regia frente.

Yo leeré nuestro tiempo con su rayo.
Genio del canto, ven, mi nombre imprime
En la arena del río Pilcomayo
Dándole a mi alma inspiración sublime.

II

Bolivia, tierno seno
Del corazón de América mi madre,
De amor y vida, y esperanza lleno,
Como la luz del astro
Señor del Inca que tu frente dora;
Verde promesa del futuro hermoso,
Virgen en cuyas sienes de alabastro
La mirada de Dios refleja y brilla;
Al levantarse tu radiante aurora,
Yo te saludo de la triste orilla
Que baña el Plata en su raudal undoso.

En la noche sombría
Que el humo del cañón formó en tu cielo,
Quebraste con tu espada
De tres centurias la coyunda impía.
El león de las Españas, en tu suelo,
Desde la sien nevada
Miró al cóndor del Andes boliviano
Como flecha de Dios caer a su frente;
Y su hercúlea pujanza de repente
Con su airado rival luchara en vano.

De América el cimiento
Se conmovió al estrépito gigante
De un torrente de lanzas que violento
Invadió por las sierras y los llanos,
Quebrando con sus puntas de diamante
La muralla de bronce,
Do el pendón de los viejos castellanos
Se desplegaba entonce
Sobre acerada clava,
Bajo el cielo de América su esclava.

Y en aqueste torrente
Allí la patria de Belgrano estaba,
Allí La Paz y Cochabamba alzaron
Ceñida de laurel su altiva frente,
Y a los ecos del Plata se mezclaron,
Bajo la luz de Mayo,
Los ecos del Bermejo y Pilcomayo.

Allí estaba el desierto;
Y en un mundo sin fin, sin horizonte,
Allí la selva y empinado monte,
Allí el mar que Balboa saludara,
Y allí las rocas que Colón pisara.

Todos, todos allí, y allí la patria
Del ancho Beni y Potosí opulento,
Quebrando sus cadenas
En aquel día de sublime intento;
Y con sangre copiosa de sus venas
Bautizando la frente
Del mundo que legaban
A la futura americana gente.

Sangre preciosa que Ayacucho viera
Del pecho varonil como un rocío
De los cielos caer, para que un día
Cada gota inmortal un pueblo fuera.

Animad, animad el cuerpo frío
De los héroes allí... La fosa umbría
Su polvo esparcirá, y Ellos, la frente
Con aureola del mártir alumbrada,
Y el descarnado brazo
En los hombros del ángel de la gloria,
Subirán a la sien del Chimborazo
Por la huella esplendente
Que hizo el carro veloz de la victoria!!

¡Animad, animad! Ellos sus ojos
En torno volverán... las cordilleras
Inclinarán sus sienes altaneras:
Callarán sus enojos
Las irritadas olas de los mares,
Y las Llamas y el Cóndor escondidos,
Los valles y las selvas y los montes,
El sol y los ardientes luminares
Sin ley, sin horizontes,
Serán de santa admiración henchidos.

III

Mas tu misión, ¡oh Bolivia!
No estaba sólo en tu lanza,
Que otra más alta esperanza
Reservó Dios para tí:
Tus héroes en los combates
No fueran más que tu aurora
Que vino a anunciar la hora
En que habrá el sol de salir.

Esa misión del acero
La llenaron tus campeones,
Pero a otras generaciones
Legaron otra misión:
Tan rica de gloria y nombre
Tan orlada de opulencia,
Que fué la más bella herencia
De su paternal amor.

Tocas y admiras los Andes,
¿No es verdad? pues tu cabeza
Con más poder y grandeza
Un día levantarás.
Que es América el emblema
Del Cóndor entre la nube,
Cuando más arriba sube
De la ronca tempestad.

Pero la mano del cielo,
Entre misterio profundo
Pareció robarte al mundo,
Huérfana y oculta flor:
Y abandonada, perdida,
Cual un diamante entre rocas,
Lo que hoy tan posible tocas
Ayer pareció ilusión.

¡El mar! sublime esperanza
De tu ambición más sublime!
Es tuyo, Bolivia, imprime
Sobre las ondas tu pie:
Es tuyo, vuela, te espera
La brisa de los oceanos,
Para mecer soberanos
Los laureles de tu sien.

Es tuyo, que de sus ondas
Tu porvenir al oriente,
Dora espléndido la frente
De tu más bella región,
Y el diamante entre las rocas,
La huérfana flor perdida,
Sube con él a otra vida
Buscando un tiempo mejor.

No son tus minas, Bolivia,
La fuente de tu existencia,
Ni tu futura opulencia
La contiene el Potosí;
Los pueblos no se enriquecen
Pisando sobre metales:
Serán otros los canales
De tu hermoso porvenir.

Serán tus ríos, señora,
Que de tu seno profundo,
Filtrando por todo un mundo,
Nacen y buscan el mar.
Serán tus bosques, tus llanos,
Tus perfumadas praderas,
Y las extensas riberas
Del Beni y del Paraguay.

Serán tu manos quebrando
Los diques de la ignorancia,
Para decir con jactancia,
"Europa, ven por aquí".
Y mirar en cada río,
Luchando con su corriente,
Llegar su industria, su gente
A un mundo rico y feliz.

A un mundo donde la Europa
Tiene fija su esperanza,
Porque en el suyo no alcanza
En el tiempo un "más allá":
A un mundo donde más tarde
En cada empinado monte,
Tendrán su luz, su horizonte,
El genio y la libertad.

¡Ve adelante! los oceanos
Te esperan con impaciencia,
Y del cielo la clemencia
Escribe tu "más allá".
¡Ve adelante! tus hermanos
Que baña el potente Plata,
Te batiremos las manos
Al ver tu enseña pasar.

Ese tirano que rudo
Rasga a tu hermana las venas,
Pone, bárbaro, en cadenas
Lo que también es de tí;
Pero mañana su cuello
Será presa del verdugo,
Y el Paraná, sin su yugo,
Sonreirá al verte feliz.

IV

Feliz en tu grandeza
Cual fuiste con tu lanza,
Lidiando con la saña
Del déspota español:

Feliz como los pueblos
Donde la mar alcanza
Dorados con la lumbre
De americano sol.

Rasgado tu misterio,
Radiante de hermosura,
Descubrirás al mundo
Tu rostro virginal;
Y el mundo entusiasmado,
Para la virgen pura,
De joyas de la mente
Preparará un caudal.

Que por tus ríos llenos
De vida y opulencia
Te invadirán torrentes
De civilización;
Y vibrarán los ecos
Del arte y de la ciencia
Donde antes retumbaron
Los truenos del cañón.

Én el grandioso Chaco
Las fértiles llanuras
Sorprenderá la industria
Del europeo al fin:
Y en cada sol que dore
Del Andes las alturas,
De tu futuro hermoso
Se agrandará el confín.

Y como aspiras ámbar
De tu jardín de selvas,
La atmósfera del genio
Respirarás también;
Que a do tus manos lleguen,
A do tu vista vuelvas,
Te bañarás en luces
De boliviana sien.

No en vano en lo más alto
De América blasonas,
Nutriendo de tu seno
Dos mares a la par;
Gigantes sin rivales,
El Plata y Amazonas
Que pueden del oceano
Las ondas desafiar.

No en vano se levanta
Sobre metal tu asiento,
Bolivia, no hay arcanos
A tu destino, no;
La suerte de los pueblos,
El Dios del firmamento
Sobre su suelo mismo
Grabada les dejó.

Mañana tus hermanos,
Desde el Estrecho al Istmo,
A contemplar tu frente
Sus ojos alzarán;
Y con tus mismas alas,
Y con tu genio mismo,
Tu porvenir al mundo
Contigo mostrarán.

Que a los futuros siglos,
Del Andes se divisan
Precipitarse raudos
Al mundo de Colón,
Como al nacer el alba
Las luces que se aprisan
A iluminar los cielos
En fúlgida invasión.

Mañana el europeo
Cuando a buscar se lance,
De América en la orilla
La luz y libertad;
Bolivia quizá entonces
A comprender alcance
Que viertes la más bella
Radiante claridad.

Quién sabe si mañana
Conservarás tú sola
Lo que otros al presente
Destrozan con el pie:
Sobre el Perú y mi patria
De sangre hay aureola,
Y un iris de bonanza
Sobre tu sien se ve...

V

Bendición en la frente de tus hijos
Que en el hogar junto a la tierna esposa,
Hablan de paz y libertad prolijos,
Tejiendo palmas a su patria hermosa.

Calma en las sienes de tu jefe, y gloria
Para su nombre que ennoblece el tuyo:
Sonó ayer ese nombre en la victoria,
Y el que hoy repite el mar también es suyo.

Por la tierra vagando sin destino,
El sol desmaya ante mi sien su rayo;
¡Ay! si el nombre infeliz del Peregrino
Conservara tu rico Pilcomayo!

A LA CONDESA DE WALEWSKI

En 1847

Ya, señora, entre vos y los proscritos
Hay algo de común que os simpatiza—
Lazos cuando más tristes más benditos:
Pila donde el mortal se fraterniza:

Unión de que hace el corazón alarde,
Pura como el rocío de la aurora;
Triste como las sombras de la tarde —
Fraternidad de lágrimas, señora.

Ni en vos ni en ellos la memoria un día
Podrá olvidar a la argentina playa;
Ni el alma nunca suspirar podría
Sin que un suspiro a Buenos Aires vaya.

Parece que esa patria hubiera sido
Por el Genio del mal arrebatada
De los brazos del Angel, descendido
A velarla en su cuna inmaculada.

Y que allí do no alcanzan los tiranos,
Naturaleza con su brazo alcanza,
Y en las obras más puras de sus manos
Se cumple alguna mágica venganza!

Vos, señora, nacida bajo un cielo
Do siempre el iris y la aurora víais,
Recién alzando el nacarado velo
De vuestra juventud, ¿llorar sabíais?

¡Ah! llegasteis allí! y en vuestra suerte
Las flores con el llanto descoloran;
Que en esa tiera de infortunio y muerte
Hasta las piedras insensibles lloran.

Disteis un ángel a la patria mía;
Pero al arrullo del materno anhelo
La tempestad del Plata respondía,
Y asustado el querub volóse al cielo.

Llanto de madre vuestros ojos dieron;
Y, asida al corazón la suerte ingrata,
Lágrimas y gemidos se perdieron
Entre las brisas del salvaje Plata.

Ved ¡ay! señora, en vuestro propio llanto
El llanto de mil madres argentinas.
¿Dónde sus hijos son? ¡Ah! cómo es santo
El duelo de esas almas peregrinas!

Allí donde perdisteis vuestra hija,
Allí arrancados de sus brazos fueron;
Y allí donde llorasteis tan prolija,
Sobre sangre sus lágrimas corrieron.

Mas vos, al menos lloraréis amores,
Libre, en la urna vuestros ojos fijos;
Y ellas no pueden ni tejerles flores,
Ellas no pueden ni llorar sus hijos.

¡Ay, señora! tened en la memoria
Que esa patria infeliz que veis en luto,
Llorando siempre su perdida gloria,
Miró nacer a vuestro tierno fruto.

Que allí, en el labio maternal bebisteis
Su primer respirar, su primer grito:
Que allí, en el brazo maternal sentisteis
El primer sueño de su ser bendito.

Que ella en los cielos argentinos mora:
Que allí os la diera Dios, y a Dios entonce
Por su patria infeliz rogad, señora...
Súplica de mujer conmueve al bronce.

Ama una madre hasta la pobre lana
Que ha cubierto a sus hijos en la cuna,
¿Cómo no amar la patria donde ufana
Les vió nacer, por mal, o por fortuna?

¿Cómo no amarla vos, si sois nacida —
Brillante flor del Alpes italiano—
Donde esa voz: la patria, es voz de vida
Con que abre y late el corazón temprano?

Oh, y no el amarla vuestro pecho sienta;
Porque esa patria que en cadenas llora,
Es el diamante que en su sien ostenta
Esta virgen América, señora.

Mas, cual murió al nacer la flor preciosa
Que hoy llena de dolor vuestra memoria,
De esa patria también, en noche umbrosa,
Murió al nacer el fruto de su gloria.

Mas, cual vendrán un día a vuestro seno
Consolación y frutos venturosos,
A esa patria vendrá, limpio y sereno,
Cielo de paz, y tiempos deliciosos.

Rogad, señora, por la patria aquella
Do vuestra hija amaneció a la vida;
Acaso, un día, cuando os hablen de ella,
"Fué su patria" diréis envanecida.

Si hoy todos la abandonan en su duelo,
Quédele al menos la plegaria pura
De aquellos que conservan en el cielo
Angeles que comprenden su amargura.

Ellos a Dios le contarán de hinojos
El ¡ay! del mundo que a los cielos llega;
Y allí, a la luz de sus benignos ojos,
Ya vuestra hija por su patria ruega.

ROSAS

El 25 de Mayo de 1850

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo
Formó a su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen hás querido
Que se hermanen tus obras con tu origen;
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida
Una nube de sangre te rodea;
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡bárbaro! y sangre y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo; y, de repente,
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa
A llamar en la tumba de Belgrano:
Y ese muerto inmortal le abre su losa,
Alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la Gloria
A esconderse en las grietas de los Andes;
Reclamando a los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desparecen:
Se apagan los radiantes luminares;
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece do tu pie se estampa,
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas ¿después? tal es — atiende —
La pregunta de Dios y de la historia:
Ese DESPUÉS que acusa o que defiende
En la ruina de un pueblo, o en su gloria.

Ese DESPUÉS fatal a que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta,
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla: y, en pos la destrucción, responde:
¿Dó están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? ¿las bases dónde
De grande idea o pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que a tanto crimen te impeliese tanto?
¡Aparta, aparta, aborto del demonio
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo transformada en hombre;
Mas ¡ay de tí! que un día al comprenderte
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido:
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y, bárbaro y no más, tu no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida;
Eso es sólo matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida,

Y, grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crimen lleno,
Serás reptil que pisará la historia
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego a Roma y lo contempla,
Y hay no sé qué de heroico en tal delito:
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;
Y, más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad y, en fiebre carnicera,
Con sus garras metálicas la hirieron,
Cupo alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado;
Tigre que te encontraste en el camino
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo;
Y sólo dejarás un nombre inmundo
Al descender a tu primer abismo.

Te nombrarán las madres a sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran;
Y ellos temblando y en tu imagen fijos
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
A los cuentos que invente tu memoria;
Y, execrando tus crímenes sin fruto,
Rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo,
Ante el enojo de la patria mía,
Porque sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno;
Nunca a tu nombre la memoria, ingrata:
Nunca a tu maldición el pecho, tierno;

Y por último azote de tu suerte,
Verás, al expirar, que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,
Más que una mancha sobre el cuello apenas;
Que tú no sabes, vulgo de tiranos,
Ni dejar la señal de tus cadenas.

AL 25 DE MAYO

EN 1841

> Where Chimborazo, over air, earth, wave,
> Glares, with his Titan eye and sees no slave
>
> BYRON.

I

Cada generación un día tiene
que la deja en los siglos señalada,
y con ella también un hombre viene,
que le deja su frente coronada.

Mis padres en un Mayo levantaron
eterno un monumento a sus anales
y los labios de un hombre revelaron
sus luchas y sus lauros inmortales.

Un sol se muestra y el cañón retumba;
es el sol de aquel día... El sol de Mayo.
Si es preciso cantar su primer rayo
levántese Varela de la tumba.

Caliéntese de nuevo el cráneo altivo
do su espíritu a Mayo iluminaba,
donde inmenso cual es, allí cautivo
le estudiaba, veía y le cantaba.

Ya su espíritu armónico suspira
sobre el sol de su Mayo sacrosanto...
Si alguno intenta preludiar su lira
mire ese sol y púlsela con llanto.

Mire ese sol que aparece
y al ánima nuestra ofrece
letrero que resplandece
diciéndonos divinal:
"Hable el alma y calle el labio
"que el hablarme es un agravio,
"con acento mundanal.

"Soy el astro que previno
"se mudase repentino
"forma, espíritu y destino
"de la vieja humanidad;
"y que el futuro ante ella
"reflejase cual estrella,
"de sublime claridad.

"Soy el astro cuya llama
dió la luz al grande drama,
"de quien el fin y la trama,
"se improvisaba al rodar
"tronos y reyes al suelo;
"mientras se alzaban al cielo
"los pueblos en libertad.

"Y ante dellos cien naciones
"de viejos nobles blasones,
"inclinaron sus pendones
"repitiéndoles... ¡Loor!
"Y con iras mal veladas
"se sintieron obligadas
"a brindar por su valor.

"He mirado, en fin, del seno
"que brotaba, siempre lleno
"agrias raíces de veneno
"de una madre sin amor,
"separarse el joven puro
"condenado al yugo duro
"de bendecir su rigor.

"Y esa madre fué la España;
"terca, ciega y siempre extraña,
"a los frutos que su entraña
"con su sangre alimentó.
"Y ese joven es el mundo
"que en un día sin segundo
"el genio le presentó.

"No hay pueblo, no hay humano
"de los que, en eterno arcano,
"brota súbita la mano
"de Dios en la inmensidad,
"que no tenga su destino,
"su existencia y su camino,
"distinto en la humanidad.

"Y si ví con inclemencia,
de la España la insistencia
en desoir esa sentencia
de la eterna majestad,
también la ví prosternarse,
cuando el cáliz ví quebrarse
de la infinita bondad.

"Eso escribo en los cielos con mi lumbre
cuando a Mayo recuerdo en el Oriente;
si queréis coronar mi excelsa frente
pedid al cielo que la vuestra alumbre.

"Mayo es obra justísima del cielo;
cansado, al fin, de la injusticia humana
y a inspiración de idea soberana,
los hombres la activaron en el suelo.

"Los hombres y las glorias argentinas,
que desde el Plata al Chimborazo he visto,
no son más que las joyas brillantinas
del rozagante traje que revisto.

"De Mayo son sobre sus sienes bellas
lo que son en el cielo las estrellas...
Sus glorias alabad, y en sacra pompa
que rueden, sí, por la sonora trompa".

II

¡Oh! sí, que mi lira con cuerdas de bronce
se siente altanera si a Mayo nombró;
si nombra arrogante la gloria que entonce
con sólo tres lustros mi gloria alcanzó.

Un grito fué sólo de Mayo el portento;
un grito, y mi patria, cual Etna que abrasa,
se alzó de sus bases y roto el cimiento
lanzóse cual raudo torrente que arrasa.

Y eterna en un día, remonta guerrera
del Andes helado la sien de gigante;
y en él reclinada, con mano altanera,
le arroja a la España su nítido guante.

Mal plugo España a tu estrella
aceptar el desafío;
más valiera que en desvío
la seña dejaras, sí,
pues estaba escrito en ella
con lemas enrojecidos
que fueran los oprimidos
los vencedores de tí.

Pero terca y orgullosa
con tus godos y tus moros,
tu ambición y tus decoros
te hicieron la sangre arder;
y al momento poderosa,
y mi patria gigantea,
sable en mano a la pelea
se arrojaron con placer.

Y el ángel de la muerte en negro carro,
su rápida carrera reteniendo,
estuvo con placer el duelo viendo
en el inmenso mundo de Pizarro.

Sobre Salta comenzaron,
y en los suelos tucumanos,
los aceros en las manos
a blandirse con furor;
y allí fué donde empezaron
nuestros suelos a lavarse
¡pobre España! al derramarse
de tus venas el humor.

Mas cual tigre, enfurecida,
que más brama y más valiente
cuando agudo dardo siente
que en el pecho se clavó;
con la noble y honda herida
que te abrió la patria mía,
con más saña y más porfía
frente a frente te dejó.

Y luchando brazo a brazo
ya señora, ya vencida,
ya sin fuerzas y sin vida,
ya con fuerza colosal,
hasta el pie del Chimborazo
fuiste atónita rodando,
palmo a palmo guerreando
con tu indómita rival.

Y el ángel de la muerte en negro carro,
su rápida carrera reteniendo,
estuvo con placer el duelo viendo
en el inmenso mundo de Pizarro.

Y no bien de los guerreros
se oye horrísona la lucha,
cuando Chile que la escucha
arde en bélica inquietud;
y a do estaban los aceros
que templaba el sol de Mayo
vuela súbita cual rayo
a romper su esclavitud.

Y la rompe, mal tu suerte,
cuando al sable de su hermana
une altiva y soberana
de sus hijos el valor;

a ese sable noble y fuerte
de la joven patria mía
que a tus ojos relucía
cual del ángel vengador.

Y ya entonces todo un mundo
que en tres siglos dominaste,
¡ay España! le miraste
despeñarse contra tí;
cual del Andes iracundo
ronco y rápido torrente,
que arrastra en su corriente
cuanto España hubiera en sí.

Y fué en vano que valiente,
porque lo eres por mi vida,
defendieras aguerrida
tu conquista secular;
Chacabuco dió elocuente
la inmortal lección patricia,
donde viste la justicia
de la América brillar.

Chacabuco cuya cumbre
miró absorta por los llanos,
caer tus viejos veteranos
cuyo nombre era un blasón.
Como el sol cuando su lumbre
dore en Maipo la corriente,
verá siempre transparente
algún fúnebre padrón.

De ese Maipo que parece
te arrojara hecha pedazos
a caer entre los brazos
de Ayacucho y de Junín;

allí donde resplandece
el sello de nuestra gloria,
y donde fué tu memoria
sepulta por siempre al fin.

¡¡Que el ángel de la muerte en negro carro,
su rápida carrera acelerando
el cadáver de España fué arrastrando
sobre el inmenso mundo de Pizarro!!

Así España domeñaron
tus esfuerzos sobrehumanos
los que tus reyes tiranos
por tres siglos engrillaron.

Tanto oprimir criaturas,
tanto su industria negarles,
tanto el alma sofocarles
y hasta sus lágrimas puras;

tanto llenar de mancilla
pueblos fuertes y lejanos,
porque exótica semilla
no prendía entre sus manos;

tanto, en fin, ambicionar
oro y sangre de infelices
con tus hondas cicatrices
lo tuviste que pagar.

Y a tí, tanto lidiar, patria del alma,
tanta sangre verter en la palestra,
te vale de los cielos una palma
que alza orgullosa tu robusta diestra.

Y al mirar por alfombra de tu silla
pieles de los Leones de Castilla,
un porvenir tan vasto el cielo os cede
que apenas en los siglos caber puede.

III

De Mayo la corona está tejida;
lo está ya con sus hechos y sus hombres;
de los grandes sucesos de la vida,
mueren los tiempos pero no los nombres.

Pero Mayo es volcán estrepitoso
que agita la gigante cordillera;
y a nosotros el cráter ardoroso
con su inflamada lava nos cubriera.

Es de un siglo simiente delicada,
cuyo fruto es muy tarde recogido;
nuestros nietos, apenas que ha prendido
la verán, en la tierra preparada.

Nosotros hoy, ambicionar de Mayo
el resultado inmenso que prepara,
es querer de la flor recién en tallo
aspirar el aroma que encerrara.

Si rompimos de España las cadenas
y libres elevamos nuestra frente,
conservamos, empero, en nuestras venas
los restos de la ibérica simiente.

Y la sórdida lucha en que vivimos,
sin saber el *por qué* de los errores,
no es más que las tinieblas sacudimos
para ver de ese Mayo los albores.

Nosotros nos mecemos borrascosos
sobre el fuerte Titán aun sin asiento;
quien quisiere gozar tiempos hermosos
transporte al porvenir su pensamiento.

Y en él, sobre la sien del Chimborazo
verá un ángel midiendo con su brazo
de los remotos mares la distancia,
y al ángel que mira
pregunta: ¿qué aspira?
Y el ángel le dirá con arrogancia:
"Me traigo las regiones de la Europa
a domeñar su frente en esta roca."

Montevideo, Mayo de 1841.

AL 25 DE MAYO

En 1849

Bajo el sol de este día
Siempre se prosternó la ánima mía:
Mandé siempre a tu altar ¡patria del alma!
Desde extranjera tierra, alguna palma.

La mano de Dios bueno,
Cuando formóme a su albedrío santo,
La esperanza y la fe puso en mi seno
Con la sublime inspiración del canto.

Y en este mar de sangre donde boga
A merced de sus ondas mi barquilla,
Siempre en redor de la argentina orilla
Sin tocar una vez la ansiada tierra
Nunca mi voz la tempestad ahoga,
Y en cada nuevo sol mi pecho encierra
Más esperanzas de mayor consuelo,
Más fe en el porvenir, más fe en el cielo.

Así, cuando de Dios la santa mano
Levantó de su lecho el mar profundo,
Y arrojó con su enojo soberano,
Las aguas del diluvio sobre el mundo;

Perdido y solo entre la noche fría,
Llevando el alma amurallada al susto,
La esperanza y la fe tuvo por guía
En la huérfana barca el varón justo!



Por eso mi pecho jamás en desmayo
Las luces ha visto del astro de Mayo,
Jamás a mi labio faltara una voz:
Regalo precioso del ánima mía,
Que va entre las perlas de dulce armonía
Buscando aquel tiempo bendito de Dios.

Pues sé que ese Mayo que alumbra tu historia
Con rayos eternos de honor y de gloria,
Es todo esperanzas de gloria mayor:
Es todo promesas en flor todavía
Que esperan ¡oh patria! la aurora de un día
De paz y justicia, de dichas y amor.

Tu triunfo es el tiempo. ¿Qué mano potente
Podría un momento parar el torrente
Que impele en el mundo de América el pie?
Y en ella ¿quién puede torcer el destino
Que en pos de sus glorias, el pueblo argentino
Se dió con su genio, su fuerza y su fe?

Atrás, las discordias; atrás, los bandidos;
Atrás, y en la tumba quedad maldecidos,
En tanto que el pueblo se va al porvenir;
Caigamos con ellos lidiando prolijos,
Atrás, nuestros restos; llegad, nuestros hijos,
La patria y el genio no pueden morir!

Ven a los libres, ven, dulce esperanza;
Y con tu lumbre celestial nos guía,
En esta noche frígida y sombría
Donde el destino nuestros pasos lanza.
Y, templados al fuego de tu rayo,
Clamaremos doquier, de tierra en tierra:
A los tiranos, maldición y guerra,
Palmas al nombre del eterno Mayo!

Y adelante, adelante en el camino,
Si no llegamos hoy, será mañana;
Pues no hay al fin de la constancia humana
Lindes de bronce ni fatal destino.

Así en el mundo de Colón un día,
Los varones de Cristo caminaban
Solitarios, sin guía,
Por los desiertos, con el pie desnudo,
Y, do hallaban dos hombres, levantaban
Su púlpito y su voz; y en los desiertos,
Nunca a la fe y a la esperanza yertos,
Fueron en cada día conquistando
Para el redil cristiano el indio rudo.

Así nuestro mayores,
Cuando juraron libertad o muerte,
Amurallando el alma a los rigores
De la indecisa suerte,
Midieron paso a paso un mundo entero

Sin reposar la planta ni el acero;
Hasta mirar desde la sien potente
De los soberbios Andes, que no había
Un pendón español bajo los cielos
Que coronan de América la frente;
Y que la libertad resplandecía
Del Andes mismo en los eternos hielos.

Nuestra fortuna ingrata
Es una gloria más con que ceñimos
Las sienes de la patria en que nacimos;
Y allá el futuro habitador del Plata
Lleno de admiración por nuestro ejemplo,
En cada tumba nuestra verá un templo.

Cuando en la patria el despotismo impera,
Se quema entonces el hogar paterno,
Para que el aire infecto no profane
La morada que oyera
Cantos de libertad, que el niño tierno
Aprendió un día en el materno brazo;
Y, llamando a la puerta de otras tierras;
Se pide con valor y frente alzada,
Un poco de aire libre, y un pedazo
De humano suelo para tumba honrada.

No a todos nos enerva la agonía
De nuestra causa santa. — Que sucumba —
Que sea el día de hoy su último día;
Pero a su suerte fijos,
Muchos habrá de tus errantes hijos,
De pie, y al lado de su noble tumba.

¡Oh! no! la tiranía, si ha vencido,
No ha triunfado en la patria de Belgrano.
La coyunda de fierro
No dobló todo al carro del tirano;
El nombre no ha subido hasta el suplicio;
Pues cuando no quedase hombre nacido
Que en el santo infortunio del destierro
Protesta fuese del honor patricio;

Las piedras, las montañas,
Los ríos y los bosques solitarios
Vistieran luto por tu infausta suerte;
Y, abiertas de la tierra las entrañas,
Rasgaran los sudarios
Y huyeran la morada de la muerte,
Las veneradas sombras
De aquellos héroes que orgullosa nombras.

Pero aun te queda ¡oh patria!
Esa generación joven y pura,
Que en medio a tus desgracias amanece,
Como el sol que aparece
Tras la tormenta de la noche oscura.

¡Oh! y aun la sangre en las arterias late
De tus honrados hijos, patria mía;
Y, mientras vivan ellos, no habrá un día
Para el tirano, sin mortal combate.

Ya el infortunio nuestra frente pliega,
Ya nos gasta las fuentes de la vida,
Pero el alma en nosotros es la roca
Que cuanto más batida
Por ruda mar que se avanza ciega,
Más a las ondas con desdén provoca.

Patrimonio de tí, día sublime,
Que inspiras gloria y patriotismo santo,
Y cuya luz al corazón redime
De largas horas y de amargo llanto;
Herencia es tuya nuestra fe sincera.
¡Gloria! sublime sol! nuestra constancia,
Será como tu espléndida carrera,
Que al terminar sin mancha en el ocaso
Deja rastros de luz tras de su paso!

Calienta con tu rayo soberano
Del patriotismo y del valor la fuente;
Y, que al alzar nuestra soberbia frente
Bajo tu sacra luz, en nuestro labio
Haya una maldición para el tirano,
Y, en medio a nuestro duelo
Esperanza en tu luz y fe en el cielo.

AL SOL

¡Por qué pasas ¡oh rey de los astros!
De las puertas que te abre el oriente;
Por qué deja más tarde tu frente
Del ocaso los bordes también!
Dos momentos no más eres bello
A los ojos del ánima mía;
El momento en que anuncias el día,
Y el momento en que velas tu sien.

Esa lluvia de llamas que viertes
En tu vasta y radiante carrera,
Da sublime esplendor a la esfera,
Mas no al alma ilusiones de amor.
Al mirarte en el cénit, mi alma
Se concentra ofendida y vacila,
Como tiembla la herida pupila
A tu rojo y ardiente color.

En la luz hay misterios divinos
Que no alcanzan las almas de hielo:
Tú los tienes, lumbrera del cielo,
Foco eterno de vida y de luz.
¡Gloria al bello momento en que asomas
Sobre cuna de nácar y rosas!
Gloria ¡oh sol! cuando débil te embozas
Entre velos de leve capuz!.....

Desde el cielo a este mísero mundo
Todo el orbe respira alegría
Cuando pintas las rosas del día
De la aurora en la cándida tez.
Cual despliegan las flores su broche,
Abre el alma sus cálices, pura,
Y en amor y esperanza y ventura
Se armoniza y suspira a la vez.

De la aurora las lágrimas brillan;
Olas de ámbar y amor se esparraman;
Y, a la par de las aves, te aclaman
Bosque y prados, montañas y mar.
Allí copias la vida del hombre
Cuando empieza sus horas de mundo,
Cuando todo es etéreo y fecundo,
Cuando es dulce hasta el mismo llorar.

¡Gloria, gloria, tesoro del cielo,
Cuando llegas también al ocaso,
Y con lento fatídico paso
Vas diciendo a los hombres ¡adiós!
Cuando cerca a tu pálida frente
Las estrellas asoman prolijas,
Como en torno a su padre las hijas
Cuando su alma se vuela hasta Dios!

Nada muere a los ojos del hombre
Sin robar a su pecho un suspiro;
Y al bajar de tu espléndido giro
Viertes ¡ay! melancólico amor.
¿Quién, mirando tu lumbre postrera,
No ha llorado una vez en su vida,
Al influjo de pena escondida,
Sin poder definir su dolor?

Dios, la patria, destino y amada
Son recuerdos constantes del alma,
En las horas de paz y de calma
En que tocas del cielo el confín.
Y en el alma el amor se dilata
Con más dulce verdad en su esencia,
Porque toda es amor la existencia,
Cuando piensa un momento en su fin.

Y en la tumba de ocaso cayendo
Tu opulenta magnífica frente,
Para luego llegar al oriente
De otra nueva y lejana región.
Representas la vida del hombre
Descendiendo a la vida del suelo,
Y a la vez remontando su vuelo
Fugitiva a otra nueva mansión.

Gloria ¡oh sol! cuando pintas el alba
Con un tenue carmín de tu rayo!
Gloria ¡oh sol! al llegar en desmayo
A la tumba de oriente también!
Dos momentos sublime te muestras
A los ojos del ánima mía:
El momento en que anuncias el día:
Y el momento en que guardas tu sien.

EL RELOJ

Sonó en la vecina iglesia
La campana del reloj,
Diciendo: "pasó una hora
Y a la eternidad cayó."

Eco lúgubre del tiempo
Que con fatídico son
Nos manda que repitamos
En cada momento: ¡adiós!

Pero el mundo sólo mira
Porvenir en el reloj;
Da *la una* y desespera
Alguien que espera *las dos*...

Las doce espera del día
El pobre trabajador,
Y *las doce* de la noche
El amante corazón.

Las horas que van pasando
No se cuentan al reloj,
Cuenta el hombre las que faltan,
Más nunca la que pasó;

Así al sonar la campana
Suele en secreto decir:
"Las que ha de marcar espero,
"Porque esperar es vivir."

Es, pues, entonces en el mundo mío
Indiferente para mí el reloj:
Pasen las horas a su antojo, pasen,
Tráenme lo mismo que las diez, las dos.

Yo nada espero — mi cansada vida
Ni llorar puede ni sentir amor
Del llanto mío se agotó la fuente,
La llama activa del amor murió.

Ya con el mundo los estrechos lazos
Mi descontento corazón rasgó;
Lo mismo el día de mañana espero
Que ayer las horas esperé de hoy.

Activo foco de pasiones mi alma
A los incendios del amor cedió,
Y grande placa de cristal mi mente
Vida y verdades transparentes vió.

Sé que si escucho de mujer querida
Latiendo el alma su amorosa voz,
O ella se engaña al pronunciar *te amo*,
O a mí me miente con doblez mayor.

Sé que si el seno de los hombres busco
Y por acaso el corazón les doy,
Luego que expriman de mi ser la esencia
Con risa amarga me dirán: ¡adiós!

Y sé que es hoy lo que será mañana
El mundo, el hombre, la mujer y el sol;
Y pues que todo lo que viene he visto
Tráerme lo mismo que las diez, las dos.

Yo nada espero: — ni dolor, ni risa
En la indolencia que mi ser cayó —
Si hoy tengo hastío lo tendré mañana
Es mueble inútil para mí el reloj.

RAFAGA

Exhala, exhala a tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor o risa,
Tus temporales, o ligera brisa,
Ronco alarido, o melodiosa voz.
No lates, no, para formar el eco
De ajenas voces; tu primer acento
Sólo fué tuyo, tu postrer aliento,
Sin mezcla alguna volará hasta Dios.

Apura, apura, con amarga risa
Corazón mío tu letal veneno;
Apura, apura, que del cáliz lleno
Bebes y miras que rebosa más.
Hoy es un día de los mil que pasas
Como las sombras de la tarde triste,
Como la flor que el huracán embiste,
Y quiebra y yerma en su volar tenaz.

En que la vida con dolor te pasa,
En que está fría y sin valor el alma,
Y una salvaje y desabrida calma
Reemplaza el fuego de tu ardor febril.
Que el mundo miras y del mundo ríes,
Risa más agria que la hiel que bebes,
Y en otro mundo a palpitar te atreves
Que allá te forjas en delirios mil.

Que vengan ora a prefijarte leyes
Esos pigmeos que su voz levantan,
Y creen que el arte de temor espantan
Dogmas dictando con hinchada voz.
Que dél discuten sin saber que el arte
No es otra cosa que la misma vida,
Que de vigor e inspiración henchida
Rompe sus diques y se eleva a Dios.

Diles que vengan y profanos dicten
Formas al arte, la misión al vate;
Que hablen de leyes y tenaz combate
De un arte viejo y el que joven creen.
Que den preceptos y formulen dogmas,
Que abran programas de sonoros temas
Bellas escuelas, y a la vez sistemas
Que a los poetas su destino den.

Que vengan hoy a prefijarle sendas
A lo que sientes palpitar violento,
Y después vayan a decir al viento:
"Torced el vuelo y caminad ahí".
Diles que pongan sobre tí su mano
Y digan luego si cual tú latieron,
Si alguna vez inspiración sintieron,
Para ser jueces de la que hay en tí.

Exhala, exhala a tu capricho, libre,
Corazón mío, tu dolor, o risa,
Tus temporales, o ligera brisa,
Ronco alarido, o melodiosa voz.
Es tu misión la inspiración que sientas;
Tu arte, es tu vida; tu sistema, tu alma,
Altiva o mansa, con ardor o calma;
Y tus preceptos los que ponga Dios.

No temas, no, de la censura, y burla,
Corazón mío, su severo juicio,
Si no es su fallo para tí propicio,
No menos libre volarás doquier.
Ella se ocupa en levantar murallas
Para encerrar el sentimiento en ellas;
Y el corazón en agrandar las huellas
Por donde pueda sin temor correr.

No temas nunca, y como nave osada,
Suelta tus velas a merced del viento,
Y cuando sople vendaval violento
Las olas rompe del rugiente mar.
Y cuando pliegue sus inmensas alas
Y quede el mar trasparentando al cielo,
Entonce suave con tranquilo vuelo,
Podrás la linfa sin afán surcar.

¿Quién hoy se atreve a señalarte rumbo
Cuando tú mismo tu destino ignoras?
A tí, misterio, que ignorado lloras,
Arcano inmenso que formara Dios!!
Exhala, exhala a tu capricho, libre,
Corazón mío, tu dolor, o risa,
Tus temporales, o ligera brisa,
Ronco alarido, o melodiosa voz.

LA TARDE

Una tarde de Enero apacible
cuando el sol a su ocaso bajaba
miré absorto de gozo y sensible
otro sol que en la tierra brillaba.

En su eléctrico fuego al momento
mi alma toda sintióse abrasar
y este fuego sutil y violento
nunca, nunca, se habrá de apagar.

Del delirio a la calma volvióse
mi alma llena de extraño dulzor;
y una bella porteña mostróse
a mis ojos absortos de amor.

La admiré cual a un ángel divino
de esplendores celestes rodeado
y confiando a su luz mi destino
mi destino dejólo enlutado.

Cada aliento que el alma suspira
ser el nombre del ángel se siente
y entre nubes de hechizo lo mira
cada idea que alberga mi mente.

Entre duda y temor oprimida
cada instante se ve mi existencia
y cual flor por el sol abatida
va marchita exhalando su esencia.

Montevideo, diciembre de 1839.

LA NOCHE

Noche, misterio, soledad del alma,
¿Quién pasea tus ámbitos profundos,
Que en hálitos de amor vierte la calma
Por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende,
Cuando oculta su frente el rey del día,
Y silencioso los espacios hiende
En nube melancólica y sombría?

¿Qué mágica campana el sueño advierte
Del Supremo Hacedor que a sus acentos
Se apagan como al soplo de la muerte,
Las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!
¿Qué humano corazón no ha suspirado
Sintiendo el peso de la ingrata vida
En tu templo sin límites sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas
Tu balsámica paz sobre los cielos,
Y a la conciencia a confesarse llamas
Bajo el crespón de tus oscuros velos?

¿Quién te mintió jamás; qué labio humano
No te contó del corazón la historia,
Y algún pesar recóndito y tirano
Que vive torcedor de la memoria?

¿Quién no ha sentido algún remordimiento
Bajo tu imperio, di, noche sombría?
¿Quién no te hizo un noble juramento,
Quién no le ha roto con la luz del día?

Noche; ¡consolación! la vital trama
La bañas de un amor puro, sin nombre
¿Por qué en su torpe confusión te llama
MADRE DEL CRIMEN la impiedad del hombre...?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna
Fuerza extraña de su alma se lo inspira,
No serán tus estrellas ni tu luna,
Ni tu sombra sin fin que absorto mira.

Si de sangre infeliz ves una mancha
Y torpes manos que el puñal oprimen;
¡Ay! que también a una beldad se mancha,
Y lo bello jamás inspira un crimen!...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra
Tan sólo el canto y el amor inspira,
Que siempre inquieto el corazón te nombra
Y el son escuchas de la blanda lira.

¿Qué poeta sus cantos inmortales,
Su ardiente inspiración, su tierno acento,
No ha debido a tus sombras sepulcrales,
Madre del corazón y el pensamiento?

¿Qué amante corazón no ha palpitado
Entre los brazos de su bien querido,
Por tu silencio bienhechor velado,
Por tu sombra benéfica escondido?

Por sorprender a la insondable nada
Dijo Dios: "haya luz," y la luz fuera,
Y midió de una vez con su mirada
El lugar de los mundos en la esfera;

Y por mirar al alma en su misterio
"Haya tinieblas" dijo, y de repente
Alzó la noche su eternal imperio,
Y vió al alma del hombre transparente...

Paz de los mundos; soledad del alma,
Yo venero tu oscuro sacro manto
Porque siento con él nacer mi calma
Y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida
Con sus penas, su llanto y sus amores,
Desde mi juventud vive escondida
Coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
Que no se enlace con tu nombre luego,
Y a tí también te deberé la gloria
Si alguna vez a conquistarla llego...

Espíritus sin cuerpo, misteriosos,
Que respiráis las auras de la noche,
Y bajáis a las flores silenciosos
A desplegar las hojas de su broche;

Sílfides que tocáis a mis cristales
Vagarosas en mil nubes de niebla,
Y me cantáis en himnos celestiales
Los palacios y el Dios de la tiniebla;

Fantasmas sin color ni forma humana
Que sorprendéis mis ojos de repente,
Y en diáfana y fugaz sombra liviana
Al pasar junto a mí rozáis mi frente;

Almas en confusión que por las salas
Corréis del Eter a la vista mía,
Y el aire que agitáis con vuestras alas
El calor tibio de mi rostro enfría;

¡Salud, todos, salud! sois mis hermanos,
Mis hijos y mi ser... sabéis mi vida
Con su ambición, su amor y sus arcanos,
En sus dorados sueños sorprendida.

¡Ay, cuántas veces de improviso os llama
Solitaria mi voz, y en torno mío
Relámpago veloz el aire inflama,
Y muere y queda lóbrego el vacío!

¡Y una voz y mil voces se difunden
En tristes ayes y cantares bellos,
Y seres impalpables se confunden
Revolviendo en mi frente los cabellos!

Y a su tacto se agolpan a mi mente
Escuadrones de altivos pensamientos,
Y arde como volcán mi joven frente,
Y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y, cayendo en raudal celeste riego
Sobre mi herida fantasía inquieta,
Escribo con febril desasosiego,
Y soy bueno, y sé amar, y soy poeta.

Mañana en otras tierras, peregrino,
La yerta tumba extinguirá mi canto,
Pero, atraída de tu imán divino,
Mi sombra se alzará bajo tu manto.

CRISTOBAL COLON

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino:
El labio de Jesús le dió otra esencia,
Y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
A inspiraciones de su amor profundo:
Uno del alma iluminando el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Angel, genio mortal, que no has logrado
Legar tu nombre al mundo de tu gloria;
Que ni ves en su suelo levantado
Un pobre monumento a tu memoria;

¡Ah, bendita la pila do tu frente
Se mejora en el agua del bautismo,
Y el ala de tu genio amaneciente
Se tocara en la unción del cristianismo!

Angel, genio mortal, yo te saludo
Desde el seno de América mi madre;

De esta tierna beldad que el mar no pudo
Robarla siempre a su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante con sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del oceano
Se la enseñaste a Dios y a los mortales.

Después de Cristo, en el terráqueo asiento,
Siglo, generación, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento,
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

A su grandeza un siglo era pequeño;
Y en los futuros siglos difundida,
Es el eterno Tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú, como Dios al derramar fulgentes
Los mundos todos en la oscura nada,
Al más allá de las futuras gentes
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que a la tierra torna,
La tierra se columpia, y, paso a paso,
Su destino la América trastorna,
Y muda el sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón; la hermosa perla,
Que sacaste del fondo de un oceano,

Al través de los siglos puedes verla
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Que a las Columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente
El rudo potro del sangriento Atila;
Pero ¡ay! el tiempo en su veloz corriente
Mina el cimiento donde ya vacila!

El destino del mundo está dormido
Al pie del Andes sin soñar su suerte;
Falta una voz bendita que a su oído
Hable mágico acento y le despierte.

Un hombre que a esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos
Y ponga una diadema en su cabeza
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay Colombia en tu brillante historia
¿Qué importa? ¡Eh! tu nombre es el oceano,
Y el Andes la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,

Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso
El imantado acero se desvía;
Y un rayo de tu genio poderoso
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria,
No verá en sus montañas colosales,
Monumentos de honor a tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales?

¡Salve, Genio feliz! mi mente humana
Ante tu idea de ángel se arrodilla,
Y de mi labio la expresión mundana
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo tus alas todavía
Plegadas ten en los etéreos velos,
De donde miras descender el día
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera
Los ámbitos de América divisa;
Y, como Dios, al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro a quien sacara
De los pilares de Hércules tu mano,

Te mostrará, Colón, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después a tu mansión de gloria
A respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda en el mundo a tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

RECOGIMIENTO

Volad de mi memoria pensamientos
Del mundanal perpetuo desvarío;
Sarcasmos de grandeza y poderío
Que altanera la mente concibió:
Fosfóricos destellos que fulminan
Relámpagos de luz al pensamiento
Para dejar más negro el fingimiento
Luego que el brillo de su luz murió.

Volad, y en vuestras alas fugitivas
Arrebatad mi perdurable duda;
Dejad mi alma tenebrosa y muda,
Pero al menos dejadla esa verdad.
Deshaced en mi ardiente fantasía
Ese que forma brillantino encaje
Para ver al través de su celaje
Mentida la enlutada realidad.

Hoy no quiero que brillen mis palabras
Al resplandor de mi abrasada mente,
Ni tampoco que exhale tristemente
Un tono melancólico mi voz.
Hoy siento que me abruma la existencia,
Me pesa el corazón, me duele el alma,
Y quiero, sólo, en majestuosa calma
Salir del mundo para hablar con Dios!....

Perdóname, Señor, si tanto elevo
Mi orgullo de mortal: — hablo contigo
Cuando las huellas de tu gloria sigo
Remontado en las alas de la fe.
Y en ellas, religioso el pensamiento,
Volando a las regiones de tu gloria,
Mas te veo, Señor, que en la memoria,
Me hallo de hinojos a tu mismo pie.

Yo te miro, Señor, sobre tu trono
Rayos vertiendo de divina lumbre,
Que refleja la vasta muchedumbre
De esos globos de fúlgido esplendor.
Rayos que parten de tu frente hermosa
Para argentar los anchos universos,
Discurriendo sutiles y diversos,
Cambiando de sendero y de color.

Yo percibo el aliento de tu boca,
Para los mundos delicada brisa,
Y miro por tu rostro la sonrisa
Al ver los mundos respirar en él.
Giras tus ojos y los astros giran;
Y, a cada paso que tus plantas sellan
Los siglos y los siglos se atropellan,
Gigantes que te siguen en tropel.

Veneración; ¡Señor! el alma mía
Se embriaga con los himnos de tu coro
Que en arpas de marfil y liras de oro,
Los tonos acompañan de tu voz.
Atónito mi espíritu les oye.....
Suavísima encantada melodía.....
Olas leves de mística armonía
Cruzan la esfera repitiendo: ¡Dios!

Son, Dios mío, tus ángeles divinos
Que suspenden las orlas de tu manto,
Y en redor de tu trono alzan el canto
Que no sube más alto de tu sien.....
Cantan y vuelan en redor del cielo,
Y, con la lumbre que brillante exhalas,
Se atornasolan sus pequeñas alas,
Que brillan, se oscurecen y se ven.

Cantan, y las estrellas reverberan
Sobre el Eter magníficos colores;
Abren sus globos las pintadas flores
Y regalan perfumes a su voz;
El mar se duerme, y el desierto calma
Al vendaval en sus ligeras huellas;
Pues desiertos y mar, flores, y estrellas
Quedan acordes murmurando: ¡Dios!

Veneración, ¡Señor!, en todas partes
Absorta te contempla el alma mía;
La obscura noche y el rosado día
Mirad, me dicen, tu Hacedor, ahí.
Las sombras de la tarde misteriosas,
Del céfiro apacible los suspiros,
De la aurora las perlas y zafiros,
Mirad, me dicen, tu Hacedor, aquí.

Aquí está Dios, me grita revolviendo
Sus crines espumosas el oceano,
Frenético azotando soberano
La roca que sus límites le da.
Aquí está Dios, la roca le responde;
Grita en su cima el águila lo mismo,
Y el leviatán contesta del abismo:
Aquí también el Hacedor está.

¡Pero dónde, Señor, más te percibo?
¿Dónde más sabio y poderoso y bueno?
Aquí, buen Dios, en mi doliente seno,
Cuando llevo mi mano al corazón.
Cuando la sangre como llamas siente,
Cuando al impulso del dolor palpita,
Cuando el influjo de tu fe bendita.
Le inspira angelical resignación.

¿Qué dolor desconoce el pecho mío?
¿Qué llanto no ha caído de mis ojos?
¿Y en qué pena, también, mi alma de hinojos
No se postró para elevarse a tí?
¿Y en qué momento le negaste a mi alma
Paz y consolación en sus pesares,
A la luz de tus pardos luminares
En que más bajas silencioso a mí?

Veneración, ¡Señor!, ¿quién en silencio
Puede mirar las fúlgidas estrellas,
Sin mirarte también en medio a ellas
Animando su célico esplendor?
Yo te adoro, mi Dios; yo te comprendo
Y a tí dirijo mi sentido canto,
Porque hoy mis ojos necesitan llanto,
Y lloro conversándote, Señor!!!.....

Mi planta marcha herida
Del mundo en el camino;
Las flores de mi vida
Deshoja el ventajal;
Las nubes se amontonan
En torno a mi destino,
¡Proteja al *Peregrino*
Tu mano celestial!

En mi época de saña
Se agosta mi existencia,
Como en arena extraña
La trasplantada flor;
Pero una voz secreta
De tu divina esencia
Conforte mi conciencia,
Me aliente de valor.

Doquier giro mis ojos
Me encuentro desvalido;
Injusto sus enojos
El mundo me lanzó.
Mas yo, Señor, su dicha
Temblando te la pido;
Mi llanto en el olvido
Por siempre se quedó.

SUEÑOS

Venid, venid ¡oh sueños! a mi abrasada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir,
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo
Perciba de la fuente, cual amorosa voz,
Y en los espesos bosques el inocente arrullo
Del céfiro en las hojas, al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos
De donde lluevan palmas a mi inspirada sien,
Y mire descorridos los azulados velos
En las doradas puertas del suspirado Edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,
Apenas matizadas con oro y arrebol,
Desciendan, y, con ellas, envuelto en sus vapores,
Me eleve a las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios;
Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno
Al escuchar mi oído su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente
Como salió la lumbre del fúnebre capuz,
Al contemplar absorto sobre su santa frente
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano
Del soplo que alimenta la vasta creación,
Comprenda cuando aspire su aliento soberano,
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios
Convulsionando mundos con su potente voz,
Al ver su chispeante carroza de topacios
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y a comprender alcance, cuando sus santas huellas
Los límites marcando del universo van,
Como su luz esconden la luna y las estrellas
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,
Mi corazón bañado de religioso llanto,
A comprender alcance su misterioso Ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,
Como la voz del viento cuando en la selva gime,
Se exhale melodiosa mi conocida voz.

Y broten pensamientos de mi inspirada mente,
Sublimes y abrasados del fuego celestial
Que brilla en los espacios ya rojo y esplendente,
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid, ¡oh sueños! y el corazón sereno
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;
Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no.....
Yo vivo solamente cuando febril deliro
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos a contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della
Si descorrido el velo de la razón las ve?
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día
De la florida mente la diamantina red
Que compasiva tiende sobre la fuente umbría
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra
Que sobre el mundo pone para correr veloz?
Venid, hermosos sueños, y a vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!.....

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fratricida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos a contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitáis al alma su vaporo tul,
También quitad al orbe su velo rutilante,
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

MELANCOLIA

Llevad en vuestras alas
¡Oh brisas de la tarde!
Los huérfanos suspiros
De mi secreto amor;
Amor sin esperanza,
Pero de que hace alarde
Mi corazón que sufre
Su celestial ardor.

Llevadlos, y piadosas
Cuando toquéis la frente
De un angel que ha bajado
Con formas de mujer,
Sobre sus blancas sienes
Dejadlos dulcemente
Cual la única corona
Que puédole ofrecer.

Suspiros son que nacen
Del seno diamantino
Donde se guarda en mi alma
La sensibilidad:
Unico bien que nunca
Me arrebató el destino,
Fuente serena y pura
De mi infelicidad.

Mi amor no es un delirio
De ardiente fantasía:
Mi amor está en el alma
Con lágrimas y fe:
Placer que se confunde
Con la melancolía,
Corona de jazmines
Con hojas de cipré.

La veo en las estrellas,
La veo en la alborada,
En las nocturnas sombras,
En el radiante sol;
Doquiera van los ojos
De mi alma enamorada,
Del sol de mis amores
Encuentro un arrebol.

Las flores me deleitan:
Su aroma y sus colores
Son hoy para mi vida
Supremo talismán.
¡Ay, triste del que ignora
La magia que las flores
Contienen para el alma
Que acongojada está!

Mas, ¡ay! que las estrellas,
Las flores y la aurora,
Mezclado a mis amores,
Contemplan mi dolor,
Pues si la imagen suya
Mi corazón adora,
Mi corazón la baña
Con lágrimas de amor!

Amor sin esperanza,
Que en mi alma se alimenta
Del fuego solamente
Que en mis entrañas hay;
Ningún benigno soplo
Mi corazón alienta;
No hay pecho que recoja
De mi infortunio el ¡ay!

La adoro y no lo sabe;
La adoro, y su pupila
Sobre mi triste noche
No vierte claridad.
La adoro, y mientras goza
Felicidad tranquila,
En mi alma se apodera
La bárbara ansiedad.

Llevad en vuestras alas
¡Oh brisa pasajera!
Mis huérfanos suspiros
A mi adorado bien:
No le digáis que la amo;
Pero dejad, siquiera,
Mis huérfanos suspiros
Sobre su blanca sien.

EN UN ALBUM

Al pie de una pintura que representa la Melancolía

La imagen enlutada de la Melancolía,
De tu álbum, bella amiga, destiérrala, por Dios;
Contempla que los eielos al despuntar el día
Despiden a la sombra para que brille el sol.

A todas estas hojas adórnalas de flores
Y versos armoniosos como tu dulce voz;
Y deja se deslice, soñando con amores,
De tus amenos días el delicado albor.

Pero ¡ay! si conocieras que tu existencia un día
Es tal, que con lo triste consuelas tu dolor,
No busques el retrato de la Melancolía;
Su original, si quieres, está en mi corazón.

EN LA LAPIDA DE FLORENCIO VARELA

Asesinado en la noche del 20 de Marzo de 1848

Muerto a la libertad nació a la historia
Y es su sepulcro templo de su gloria.

DESENCANTO

A Carlos

I

Al bronco son de súbita tormenta
Colúmpiase el terráqueo pavimento;
Y el ronco trueno con fragor revienta,
Y estalla el rayo y se desata el viento.

Y, cuando más el huracán da paso
Al trueno, al rayo y a la nube errante,
El Atlas y los Andes y el Caucaso
Tiemblan sobre sus bases de diamante.

Mas lanza del cenit luces la frente
Del astro rey que el universo dora,
Y la paz desde el trono de la aurora
Vuelve hasta los confines de occidente.

Pasa la tempestad, pasan las olas,
Pasan los días del nevoso invierno,
Y renacen jacintos y amapolas
Bajo otro sol vivificante y tierno.

Cortamos con afán pasto que enerva,
En un sepulcro venerada rosa;
Pero pasa el dolor, crece la yerba,
Y el rosal muere en la desierta losa.

. . . .

Todo pasa ¡Gran Dios! todo trasmuda
Desde el grano de polvo hasta el cometa,
Y solamente su dolor no muda
El corazón del que nació poeta!!!

El canto del poeta es la armonía
Que del cisne la fábula revela:
Que comienza su canto en la agonía,
Y del dolor, cantando, se consuela.

Su suerte es cual la suerte de la aroma
En su árbol espinoso suspendida,
Que solamente con amor se toma
Si al pie del árbol se encontró caída.

Su fugitivo brillo es el que inflama
Lámpara que desvista la pupila,
Que de la lumbre que su sien derrama
Nace la sombra que a su planta oscila.

Angel en proscripción sobre la tierra
Camina peregrino entre profanos,
Y dentro el corazón recuerdo encierra
De otro ser, de otro amor, de otros hermanos.

Tibias reminiscencias de otra vida
Animada de Dios con los alientos,
Que antes de ser de lo alto desprendida
Vagaba en los celestes pavimentos.

Recuerdo de una dulce melodía
Que vibra en sus oídos hechicera;
Recuerdo de la luz de un claro día:
Recuerdo de una eterna primavera.

Por eso un mundo su memoria crea,
Intimo, santo, espiritual y puro,
Donde su mente con valor campea
Lejos del bajo lodazal impuro.

Mezcla de sombra y luz, sueña la gloria,
Sueña mundos de dichas y de amores,
Y luego al despertar toca la escoria
De este prosaico mundo de dolores.

Mundo estéril en sí—grano de arena
Perdido en los desiertos del vacío,
Y que un montón de insectos acolmena,
Grandes por su insensato desvarío.

Parodias de poder que alzan las manos
Para medir la mente del poeta.....
¡Sacrílega intención!....., ¡atrás profanos!.....
De rodillas caed..... es el profeta.

Es la palabra del Señor caída:
La que oyó el Sinaí sobre su cumbre;
La que tocó la sien adormecida
De Abraham bajo mísera techumbre:

Es la palabra del Calvario Santo
La que en el labio del poeta expira,
Cuando en medio a la noche entona el canto
Al blando son de la amorosa lira.

Cuando la tempestad bate sus alas
Y se apaga la luz de las estrellas,
Oscureciendo en las etéreas salas
Del Hacedor las veneradas huellas;

Cuando la luna pálida desliza
Un rayo de su luz sobre las olas,
O al través de las hojas sublimiza
El negro mármol de las tumbas solas;

Cuando al nacer el sol canta las flores
O a mirar la mujer su mente inquieta
Canta su corazón y sus amores,
De rodillas caed..... es el profeta.

Su palabra es de Dios; su amor, profundo.....
¡Silencio! ¿Qué? ¿la humanidad suspira?
No..... es la grita bacanal del mundo.....
Atrás la inspiración..... atrás la lira.....
....
....

II

Apaga, mi Carlos,
La fúlgida llama
Que en tu ánima inflama
Aquel que cüída
La sangre en la vida,
La aroma en la flor.
El joven y verde
Retoño de palma
Que crece en tu alma,
Sus raíces hundiendo,
Y, apenas creciendo,
Empaña su sombra
Tu palida tez,
Arráncalo, amigo,
De lo hondo del seno,
Que son del veneno
Sus raíces malditas
A par que benditas
Las flores que brota
Para otros después.

III

¡Poeta! ¿aquí? ¿sobre la yerma arena
Do la sombra del Andes se dilata?
¡Oh, Carlos, por piedad: aquí no suena,
Sino el silbo del plomo que nos mata!

En los bosques de América mi madre
No sonará en un siglo el arpa de oro:
La lanza y el cañón y el triste lloro
Saludarán del Inca el regio padre.

Más allá de los ríos y la sierra,
Más allá de los llanos de la Pampa,
Donde en cuajos de sangre el callo estampa
El adiestrado potro en torpe guerra;

Más allá de matar, el pensamiento
No en la región de América se escucha.
Un siglo hay que lidiar; y de la lucha
Que conmueve del Andes el cimiento

Otros siglos saldrán. Sobre las olas
Y los montes de América y sus galas
El ángel del futuro abre sus alas,
Y en las etéreas cavidades solas

Le canta el porvenir. Cuando las pliegue
Reposará en la sien del Chimborazo.
Y al mundo de Colón, tendido el brazo,
Bendecirá feliz. — Entonces llegue

A tus nietos la lira y la esperanza;
Que el genio entonces si a la gloria aspira,
Las leves cuerdas de la blanda lira
No cortarán los filos de la lanza.

IV

No cantes, Carlos mío; no cantes y tu mano
Desprenda de la lira las cuerdas al vibrar:
Por compasión no cantes:—Yo te amo como hermano
Y al abrazarte quiero tus ojos sin llorar.

Tus primitivos cantos son puros y süaves
Como la luz del alba para anunciar el sol:
Tus pensamientos, tristes, como las tiernas aves
Cuando a morir empieza del día el arrebol.

No cantes, no; mi acento también era de amores,
El trino de las aves, en mi primera edad—
Pero después mi labio se enmudeció a las flores,
Y hoy canto solamente la ronca tempestad.

El astro de mi vida, distante del ocaso,
Se oscureció entre nubes al irradiar mi sien;
Y en sempiterna noche, mi vida es el yerbazo
Que bate de las ondas el rápido vaivén.

Si hubiera ido con ellos y con la hoz filosa,
Cuando a segar las mieses los labradores van;
Tendría alguna patria, tendría alguna choza
Y un rato de sosiego para comer *mi pan.*

Oiría de mis padres los cándidos consejos,
De los prendidos leños a la amarilla luz;
Y, cuando ya del mundo se despidieran, viejos,
Iría por las tardes a venerar su cruz.

Y el sitio de su lecho, más tarde con mi esposa
Del nuestro fuera sitio como heredado bien;
Y el mío ocuparía mi prole cariñosa,
Hasta llevar mis huesos junto a la cruz también.

Pero ¡ay! la luz del alma tan sólo alimentara,
Y vivo cual arista que lleva el aquilón;
Sintiendo, cual sarcasmo de mi fortuna rara,
Que si me falta suerte me sobra corazón.

¡Quién sabe si la copa que rebordó temprana
Me guarda todavía las heces de la hiel!
¡Quién sabe, sí, quién sabe si llegaré mañana
Al pie de tus umbrales para dormir en él!!!

Y, en tanto que las playas del extranjero habito,
¿Qué pecho conmovido palpitará por mí?
¿Qué aliento por mi frente discurrirá bendito
Para apagar acaso mi sufrimiento así?

¿Cuál voz me pertenece? ¿Cuál alma me adivina?
¿En qué amoroso seno reclinaré mi sien?
¿Quién es la que su rostro sobre mi rostro inclina
Y me habla misteriosa de sus amores; quién?

Ninguna, ¡ay! ¡Quién ama del pobre PEREGRINO
Su pálido presente, su oscuro porvenir!!
. . . .
Si encuentra alguna rosa perdida en su camino
La fiebre de su mano le secará el vivir.

No cantes, caro amigo. De la sensible lira
Mis fibras se ablandaron al inspirado son;
Y el hálito del viento que por mi sien suspira
Conmueve y estremece mi herido corazón.

Más joven que tu amigo no elevarás el canto;
No aspirarás más joven el aura popular;
Y al descender los años habrás llorado tanto
Que se helará en tus ojos la lágrima al brotar.

Y, tras los desengaños, el frío escepticismo
Te filtrará cual fibra la nieve por la flor,
Y dejará insensible dentro tu pecho mismo,
Como en la flor el ámbar, tu fraternal amor.

Y si ora te enamoras de la insensible piedra,
Del ave, de la hormiga, de huérfano alhelí,
Mañana de las tumbas arrancarás la yedra,
Indiferente el muerto y el vivo para tí.

Y *un día* de ventura, más tarde será vago
Recuerdo que los velos del tiempo cubrirán;
Como al nadar un cisne por agitado lago
Sus huellas poco a poco despareciendo van.

No cantes — vulgariza tu sien entre los hombres
En medio al laberinto te mirarás feliz —
Pues con saber tan sólo sus rostros y sus nombres
No perderán tan pronto tus flores el matiz.

V

Mas si tu alma necesita
Romper los terrenos lazos,
Ven dulce amigo, a mis brazos
Y conversemos los dos.
Que unísonos confundiendo
Tu corazón con el mío,
Cuando el mundo nos dé hastío,
Conversaremos de Dios!

Y, al cesar nuestras palabras,
Tú te volverás al mundo;
Yo me volveré al profundo
Arcano del corazón;
De donde arranco, mi Carlos,
Pedazos de mi existencia,
Al sacar de la conciencia
Raíces de la inspiración.

A DIOS

Señor, no te profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.
La cristalina gota
Del llanto matinal sobre las flores;
El pequeñuelo arbusto
Besando el mar desde la peña rota;
Al expirar el sol, los mil colores
Que huyen la noche con su ceño adusto;
De los niños la risa y las congojas;
De las palomas el sentido arrullo;
La música del céfiro en las hojas,
Y el cristal de una fuente y su murmullo,
Fueran siempre, Señor, al alma mía
El terso espejo do tu imagen vía,
Do mis ojos, Señor, te contemplaran
En tu esencia de amor y de pureza,
Como el trueno y el sol me revelaran
Tu eminente poder y tu grandeza.
Pero nunca jamás te hallé más bueno,
Ni más sublime en débil criatura,
Que al sentir en mi seno
Este mar de inquietudes y ternura.
Hoy no vivo por mí — vivo en la vida

De una mujer que a revelarme vino
La esencia celestial que hay escondida
En cuanto es obra de tu ser divino.

Hoy sé que puede un corazón humano
En otro corazón sentir sus penas,
Y en la leve presión que hace una mano
Transmitirse la savia de las venas.
Hoy sé que puede la abrasada boca
Ceder el agua en medio del desierto;
Por evitar un ¡ay! darse una vida;
Y adorar cuanto mira y cuanto toca
Bella y amante la mujer querida.

Esa tu mente fué, Dios generoso,
Cuando ese imán pusiste dentro el seno,
Que arrastra misterioso
Un ser hacia otro ser, de encantos lleno.
Y eso es, mi Dios, lo que en mi pecho siento:
El calor mismo de tu mismo aliento;
Y no a tu grave Majestad profana
Al hablarte de amor mi voz mundana.

Si tú me has dado lo que siente mi alma,
Si tú me has dado la mujer que adoro,
Haz que yo goce en calma
Su dulce amor, mi celestial tesoro.
En plácido sosiego
Hazla mía no más — solo con ella,
Más te veré, Señor, cuanto más bella
La halle a la luz de mi amoroso fuego.

Una cabaña en las desiertas islas
Del alto Paraná, seráme un E'den,
Si allí, en mi seno su cabeza hermosa,
Tiernos mis ojos contemplarla pueden.

Sentada en mis rodillas
Coronada de flores,
En la tarde tranquila y silenciosa,
Del río en las orillas,
Tú escucharás, Señor, nuestros amores
En las voces sentidas
De dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor del cielo,
Porque tanto de cielo representa
Que a veces creo que remonta el vuelo
Y en ángel o en perfume se me ausenta.

Ella no exalta, no, mi fantasía;
Ella hiere, Señor, con magio encanto
La sensibilidad del alma mía,
Como la luna sobre el mar sin olas,
Como en el templo el religioso canto,
Como en lo espeso de las selvas solas
La música del viento,
El quejido de amor de las palomas,
Y el penetrante aliento
De las auras besando los aromas.

Ella es la imagen que formó mi mente
Allá en mis creaciones de poeta,
Cuando de mi alma ardiente
La inspiración secreta
Me hiciera imaginar lo que no vía,
En mi ambición de amor y poesía.
Ella no siente sino amor del alma,
Y pudorosa y tímida y amante
A mi sensible voz pierde su calma,
Pero en su virgen seno,
De sueños de ángel y suspiros lleno,
La flor de su virtud queda fragante.

Mujer de corazón, ama y padece,
Y en su mismo sufrir su amor se excita,
Como abre y enrojece
La rosa con el sol que la marchita.

Mujer en su belleza,
Y ángel en su bondad y en su pureza,
Aun no comprendo si en mi amor profundo
Me vence el cielo, o si me vence el mundo.
Sólo sé que contento,
Cuando a su lado estoy, más pienso en ella
Que en los ardores que en mi pecho siento,
Aun cuando la amo tanto y es tan bella.

Dame dicha, Señor, en mis amores,
Dame paz y sosiego,
Que a tanto amor son tantos los rigores
Que a tí levanto mi sentido ruego.
A tí a quien no profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.

CANTO DEL POETA

I

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida,
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar.
Y, la vela desplegada,
Y en el mástil mi corona,
Si por mí ninguno abona,
Yo por mí sabré abonar.

Vuela, vuela,
Mi barquilla,
No hay orilla
Que tocar:
Que en tu rumbo
Tan incierto,
Es tu puerto
Todo el mar.

II

Si me encuentra algún pirata
Y a mi rumbo presto vira
Yo me río, y en mi lira
Suena un canto sin afán.

Que al puñal que me amenaza
La alma mía no se inquieta,
Pues si matan al poeta,
La canción no matarán.

Vuela, y todo
Desafía,
Barca mía,
Sin temer;
Que lo humano
No se avanza
Donde alcanza
Tu poder.

III

Cuando recio brama el viento
Y la ruda mar se empina,
Mi cabeza se reclina
En los hombros de mi bien.
Y, al arrullo de las ondas,
Yo me duermo en su regazo,
Mientras forma con su brazo
La corona de mi sien.

Corre, barco,
Descuidado,
Que a tu lado
Va el amor:
Que este niño,
Allí se encanta,
Donde canta
El trovador.

IV

Si altas naves al hallarme
Alzan fuerte su bandera,
"Id con Dios, que es más velera
Mi barquilla, digo yo;
"De oro y seda son las vuestras,
Mis banderas son de flores;
Sois más ricas en honores
Pero no más libres, no".

Vuela, vuela,
Barca activa,
Con altiva
Vanidad:
Que en tu humilde
Popa airosa
Va la hermosa
Libertad.

V

Cuando en medio de las olas
Se deshaga mi barquilla,
Mi corona irá a la orilla
Mientras yo a la eternidad.
Y banderas y altas naves
Cuando ya nadie recuerde,
Mi corona siempre verde
Vivirá en la humanidad.

Sigue, sigue,
Barca bella,
Yo tu estrella
Sé alumbrar.

Yo, que si eres
Sumergida,
Nueva vida
Te he de dar.

VI

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida,
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar.
Vuela, vuela,
Mi barquilla,
Que en tu rumbo no hay orilla,
Y es tu puerto todo el mar.

DEL POETA MÁRMOL AL POETA MITRE

EL CANTO DE LA PATRIA

Ya las nubes del Plata al fin se doran
tras larga noche de tiniebla umbría,
y al alma luz del suspirado día
los pueblos cantan, los tiranos lloran.

Ya la patria del genio y las victorias
a su trono inmortal radiante sube,
envuelta, como en blanca y azul nube,
en la bandera de sus viejas glorias.

Madre ardiente de amor, yerta al encono,
del Plata al Andes sus miradas gira,
y a un solo pueblo envanecida mira,
que en su hombro de titán sostiene el trono.

El destino solícito levanta
a sus ojos el velo del futuro,
y ella, al través del horizonte obscuro,
ve el porvenir y su grandeza canta:

"Allá está iluminada por el divino rayo
que brota la mirada dulcísima de Dios,
la interminable senda que me enseñara en Mayo
cuando sonó a mi oído su omnipotente voz.

"Allá está atravesando del tiempo las regiones,
surcada de los siglos por el gigante pie,
cubierta con los restos de cien generaciones
que vanse trasmitiendo la herencia de mi fe.

"Allá está la corona del genio americano
y el libro del destino, bajo región de luz;
regalos a la esposa del porvenir humano,
a la heredera rica del mundo y de la cruz.

"El porvenir la espera. ¡Allá está y se levanta
la lumbre que ilumina de América la faz;
marchemos adelante de su atrevida planta;
sobre el pasado ingrato resignación y paz!

"Aquí, dentro mis ríos que riegan las entrañas
de un mundo y le difunden la vida y robustez,
sobre mis anchos prados, al pie de mis montañas
que dora de mis astros la clara brillantez;

"aquí no he respirado después que sonó ingrata
de la vergüenza mía la bárbara señal;
las olas no llevaron mi lágrima en el Plata,
ni el viento de la Pampa mi queja maternal.

"Y errante peregrina, viví con el tesoro
de los recuerdos bellos de mi rosado albor,
cuando se abrió en la historia la página de oro
que recibió mi nombre con su inmortal honor.

"En lágrimas bañada y ahogando en mi delirio
dentro del pecho mío la dolorida voz,
de hinojos he pasado las horas del martirio
pidiendo por mis hijos la caridad de Dios.

"Mi sed amortiguada en los torrentes fríos
que de la sien del Andres espléndidos caén;
y allí los pasos vía de los guerreros míos
marchando sempiternos la empedernida sien.

"Mi lecho eran los campos que hubieron por al-
las rotas armaduras del duelo colosal; [fombras
y allí me rodeaban las impalpables sombras
de los que al caer oyeron mi cántico triunfal.

"Para guardar mi sueño entre mortuoria pompa
velaban silenciosos su inmenso panteón;
pero soñando oía de la guerrera trompa
los vibradores ecos, y el trueno del cañón.

"La noche fué muy larga, pero sonó la hora
de la Justicia eterna, y el rayo descendió;
iluminó la esfera su llama vengadora
y la proterva frente del bárbaro rompió.

"Abriéronse los muros del templo maldecido;
los ídolos cayeron de su sangriento altar;
pero el espeso polvo por vientos sacudido
encegueció a mis pueblos al procurarme hallar.

"Al fin nos encontramos, y cerco diamantino
me forman con el alma que les tocara yo;
nos vemos a los rayos del sol de mi destino;
el polvo de rüinas se levantó y cayó.

"¡Adiós para el pasado! ¡Allá está y se levanta
la lumbre que ilumina de América la faz,
marchemos adelante de su atrevida planta,
tras el pasado ingrato fraternidad y paz!

"¡Al porvenir seguidme! ¡la luz lleva en su mano,
mostrándonos la senda, la hermosa libertad;
si halláramos de paso que crece algún tirano,
al águila en el huevo de paso reventad!"

Octubre 21 de 1860.

AL SOL DE MAYO

1847

Al poeta argentino don Juan Cruz Varela

> De aquel tiempo bendito
> no han muerto los recuerdos con la gloria,
> pues hay, cantando a Mayo, algún proscrito
> que dedica su canto a tu memoria.
>
> JUAN MÁRMOL.

Gracias ¡oh Sol de venerando Mayo!
astro de vida y esperanzas lleno;
gracias y bendición porque en mi seno
calientas la esperanza con tu rayo.

Bajo tu luz no hay duda ni desmayo,
ni ajena libertad, ni pueblo ajeno;
sonríe el Ecuador y el mar chileno,
el Plata se alza, y brilla el Pilcomayo.

Todos hoy te saludan de rodillas,
dios de los Incas, genio de sus hijos,
cuando en las puertas del Oriente brillas.

Y en las promesas de tu gloria fijos
los libres sienten, como siento en mi alma,
caer con tus rayos esperanza y calma.

Naciste de las ondas del caudaloso Plata,
y al mundo que a la falda del Andes se dilata
tocaste con tu rayo la adormecida sien.
Y tras tu hermosa lumbre se despeñó en su carro,
las bases conmoviendo del mundo de Pizarro,
de la argentina patria la libertad también.

Y contemplaste luego la americana guerra;
la sangre más hermosa que humedeció la tierra;
el duelo más gracioso que vió la humanidad.
Dos siglos, dos creencias, dos mundos se retaron;
y en campo de gigantes quince años batallaron,
teniendo por testigos la venidera edad.

Que entonces este mundo perdido entre las olas,
dormido entre las sombras de nubes españolas,
esclavo a lo pasado y ajeno al porvenir,
se levantó rasgando la niebla de su Oriente,
mostrando a los tiranos su poderosa frente
y osando con el sable la tradición partir.

Entonces cada golpe de sable americano
vibraba en los confines del porvenir humano,
y en la cadena regia quebraba un eslabón.
Y cual nacieran mundos de luz inmaculada
cuando el divino acento fecundizó la nada,
los llanos dieron pueblos al eco del cañón.

Entonces los aceros santificados eran;
la sangre era rocío cuya virtud bebieran
los árboles en brote para la libertad.
Las tumbas eran raíces del mundo que nacía
y al héroe que a los botes del español caía,
la mano lo tomaba de la inmortalidad.

Entonces como lanzan los senos de Aconcagua
las rocas inflamadas en su profunda fragua,
la América lanzaba sus pueblos a lidiar.
Desparecieron ríos, montañas y desiertos,
y los nacientes pueblos de la victoria ciertos,
cantando la victoria volaban a triunfar.

Poblábanse los templos de cirios y cantares,
y vírgenes y ancianos al pie de los altares,
rogaban por los *Libres* al Justiciero Ser.
Y las altivas madres lloraban cuando vían,
que a sus hermanos hombres, los niños no seguían
o que por fruto el cielo les daba una mujer.

Entonces, Sol de Mayo, la guerra era una vida
vaciada por las venas y en ellas difundida,
que las entrañas todas de América filtró,
de todos el esfuerzo, de todos la victoria;
los reyes solamente lloraban nuestra gloria,
los reyes la lloraban, pero los pueblos no.

Los pueblos sonreían en triunfo y en derrota,
pisando los fragmentos de la cadena rota,
y oyendo los aplausos de la posteridad;
y se cumplió en tres lustros tu profecía extraña;
perdiendo unas *Colonias* la imprevisora España
y amaneciendo un *Mundo* para la humanidad.

Y la Argentina Patria,—tu Patria, Sol de Mayo—
que do clavó tu enseña glorificó tu rayo,
por Salta comenzando lo que acabó en Junín,
por siempre te bendijo, y en la muralla el bronce,
y el órgano en el templo, y el corazón entonce
tu rayo victoreaban al verlo en el confín.

Nada faltó a tu gloria
tierra de bendición, Patria del alma;
recogiste el laurel de la victoria,
y, extinto el odio al terminar la hazaña,
velaste con las bóvedas del templo
las rendidas banderas de la España;
y buscaste después, por digno ejemplo,
de la virtud y del saber la palma.

Nada faltó a tu gloria,
ni a tu posteridad, Patria Argentina,
bajo manos tan puras y gloriosas.—
¡Echa tu bendición a su memoria!...
¡Nada falta a tu ruina,
bajo la mano bárbara de Rosas!

Este hombre sin raza, que lleva en sus venas
veneno del áspid en sangre de hienas,
hipérbole ruda del genio del mal,
su planta manchando la tierra que toca
maldijo, rugiendo de envidia su boca,
¡Oh sol de mis padres, tu luz inmortal!

¿Recuerdas los días de gloria y bonanza
que en himnos de triunfo, tu luz de esperanza
los niños cantaban, tu rayo al nacer?
¿Recuerdas del viejo las lágrimas tiernas
contando a sus hijos las glorias eternas
y el júbilo puro del Mayo primer?

¿Recuerdas la orquesta, los órganos santos,
el púlpito, el pueblo, la almena y los cantos
cual libres loaban tus glorias ¡oh sol!?
¿Recuerdas aquella tan sabia y guerrera
feliz Buenos Aires, que en ciencias creciera
después que hizo trizas del yugo español?

¿Recuerdas la mente forjando esperanzas,
y el pueblo entusiasta, tirando las lanzas,
buscar el arado, la paz y el hogar?
¿Recuerdas los sabios dictando las leyes,
en vez del capricho de impávidos reyes,
al pueblo bisoño, justicia enseñar?

Pues mira si encuentras un vástago apenas
de tantos jardines, sobre esas arenas
que hoy oyen desiertas del Plata la voz.
La mano de Rosas pasara sobre ellas
cegando con ríos de sangre sus huellas...
¿y no hay algún rayo, justicia de Dios?

Astuto tirano, tu vida es la guerra;
la guerra del crimen que mancha la tierra
sin dar otro fruto que el fruto del mal.
¿No miras los pueblos volar a encontrarse,
y en sangre de hermanos la espada bañarse
dejando en la patria clavado el puñal?

¿No miras sin alas, esclava la mente,
y el pueblo en cadenas saber solamente
que el dolo es justicia y el odio virtud?
¿No miras al padre temblar de los hijos,
y amigos y hermanos guardarse prolijos,
sintiendo en el pecho cobarde inquietud?

¿No miras los pueblos postrarse al embate
de tanto sañudo continuo combate,
moviendo sin fuerzas el brazo después?
Es esa la astucia del gaucho pampino:
secar las entrañas del Pueblo Argentino
y luego sin fuerzas tenderlo a sus pies.

Por él se han perdido tus días de gloria,
que odiando de *Mayo* la sacra memoria,
ni libres, ni leyes, ni enseña dejó.
Alzó la canalla de la orgía y fango
y al sabio, al guerrero, al brillo y al rango,
salvaje ignorante, de polvo cubrió.

¡Eh! ¿Qué haces, bandido? Si el pueblo ya has [muerto,
si son las ciudades sepulcro entreabierto
que el eco repite del son de tu pie,
decreten el fuego tus labios malditos,
y el fuego, espantado de tantos delitos,
cadáver y tumba devore a la vez.

Sí, bárbaro, a tragos le diste el veneno,
y toda esa patria ya tiene en el seno
por años muy largos el germen del mal.
Los hijos de tu hija, vaciarse las venas
querrán de vergüenza, mirando las penas,
los males que brota tu escuela infernal.

Mas éranle pocos los pueblos que gimen,
y quiso más lejos, ese hijo del crimen,
llevar los ultrajes al hombre y a Dios.
Y dijo: "Pues odio la patria bandera,
"que venga a ultrajarla la saña extranjera,
"y en olas de sangre que vibre mi voz.

"Así, despertando los patrios enojos,
"tan sólo *extranjeros* verán a sus ojos
"sin ver, mis esclavos, su yugo servil".
Y escupe—miradlo—con ruda jactancia,
la fuerza y las leyes de Albión y de Francia
y el pueblo y el trono del joven Brasil.

¡Ay, cuán triste destino
fuera el tuyo, infeliz, pueblo argentino,
si hoy no fuesen *los reyes y sus pueblos*
reyes de paz y pueblos mercaderes!
¡Cuánta sangre tuvieres,
contra tantos vertieras inocente,
uncido como estás al férreo yugo
del déspota verdugo,
que a tantos a la vez reta insolente!

Mas esa paciencia de Job en los reyes,
¿será porque guardas ¡oh Sol! en tus leyes
la ley de que el Plata se vengue por sí?
Entonces, bendita su estoica paciencia,
su paz de cristianos y toda su ciencia,
que arrastran al lazo sus gauchos aquí.

¡Oh, Sol de mis Padres, de eterna memoria!
Consérvanos, solos, la fuerza y la gloria
de alzar un cadalso y a Rosas en él.
Y en hecho en los siglos quizá sin segundo,
así vengaremos la patria y el mundo,
sin ser la balanza desviada en su fiel.

Caliente tu rayo la sangre en las venas
del pueblo entumido por torpes cadenas,
y entonces ¡ay Rosas! su fin llegará.
No sabe del pueblo que oprime y ultraja:
será entre sus manos gigante de paja
que a un golpe en el polvo deshecho caerá.

Entonces, ¡oh Mayo! tus días benditos
verán en su patria los nobles proscritos
volver derramando brillante fulgor;
y tú cuando el rayo primero nos vibres,
verás *sin recuerdos* un pueblo de libres
que en sola una tumba guardó su rencor.

Y entonces yo, que tu gloria
tantas veces he cantado,
sin ser ninguna escuchado
de la tierra en que nací;
yo, que en el destierro he visto
encanecer mis cabellos
perdiendo mis años bellos
por la tierra en que nací,
yo haré vibrar en mi lira
cantos eternos al verte,
y después... después, la muerte
en la tierra en que nací.

MONTEVIDEO

A mi amigo Juan Carlos Gómez

Era de noche—y la una,
mudo silencio reinaba
y entre celajes la luna
muy débil luz derramaba.

Esa ciudad que en el mundo
la llaman Montevideo,
dormía en sueño profundo
como niña sin deseo.

Besaba el mar su cintura
como una fuente serena
que tiene en su linfa pura
bañándose una sirena.

A poco trecho delante
se veía la negra planta
de encapotado gigante
que con su tamaño espanta.

Y como tan alto estaba,
bien sabe Dios, parecía
que con los vientos hablaba,
y a las nubes les decía:

—Chito, duerme la señora,
y estoy yo de centinela.
—Dejadla que goce ahora
que harto sufre cuando vela.

—Si de batallar con ella
vuestra voz la señal da
aquí estoy yo a defendella;
pugnad, mi pecho aquí está.

Y era verdad, que los vientos
muy tímidos se alejaban,
pues eran suaves alientos
los que en el mar deslizaban.

Brisas que se perfumaron
con margaritas y aromas,
cuando felices jugaron
de San Isidro en las lomas.

Unica pobre primicia
que le regalan los aires,
al que hasta el aire acaricia
si pasa por Buenos Aires.

Así la ciudad dormía,
sin viento ni recia mar,
y en sus calles no se veía
ni un lampo encendido estar.

Y tan mustia, tan secreta,
tan libre de agitación,
se parecía al poeta
cuando llega la oración.

Hay alguien que está velando...
Parece un ánima en pena...
Va por las calles vagando...
Su leve planta no suena.

Se para, sus ojos gira...
Anda tal vez al acaso...
De cuando en cuando suspira,
y vuelve a andar paso a paso.

Parece sombra sin vida,
o demonio disfrazado
que anda buscando guarida
y encuentra todo cerrado.

O espía de los abismos
que en medio a la obscuridad
viene lleno de embolismos
a endemoniar la ciudad.

¿O es ánima con zozobra
que deja la cordillera
para mirar una obra
de la sangre que vertiera?

Bien puede ser, por Dios Santo.
Esos esqueletos yertos,
de vivos se alzaron tanto
que temo se alcen de muertos.

Pero ese ser que camina
no es demonio ni soldado;
bien por su voz se adivina
que es un hombre y desgraciado.

Junto a elevado palacio
de tres hermosos balcones
se ha parado—y al espacio
da sentidas expresiones:—

"Eres muy linda ciudad,
en verdad...
Pimpollo en noche lluviosa
que cuando venga el albor
será rosa,
llena de vida y olor.

"Veneciana seductora
que enamora
con su pecho de azucena;
y al más tímido mortal
lo enajena
con palabras de panal.

"Y por eso te admiraron
y robaron,
tres piratas que los tres
a cuál más quiso tu mano,
y a la vez
a cuál más fué tu tirano.

"Mas de todos el primero;
que el acero
de su viejo guante duro
dejó largo y hondo rastro
en tu puro
joven seno de alabastro.

"Pero viejo era el navío
que en desvío
te llevaba prisionera...
Nave nueva lo siguió
y ligera
le dió caza y te salvó.

"Así estás libre risueña,
y halagüeña
como paloma en el mar;
tus hijos duermen en flores
de azahar
y sueñan dichas y amores.

"Y cuando viene la aurora
seductora
los ve levantar contentos,
cual las ebrias mariposas
que momentos
han dormido entre las rosas.

"Que el alba no tiene tintas
tan distintas
para matizar el cielo:
como tú tienes riquezas
de bellezas
para engalanar tu suelo.

"Que son tus hijas hermosas
como rosas;
y como la flor del aire
graciosas, cuando la brisa
con donaire
sube a la peña y la riza.

"Con el seno en tus celajes
de encajes,
y llenos de seda y blondas,
se muestran más voluptuosas
que las ondas
cuando juegan espumosas.

"¡Quién tuviese una siquiera
hechicera,
para olvidar en sus brazos
tantas penas tan amargas:
tantos lazos
y horas de vivir tan largas!...

"Tú tienes, ciudad preciosa,
más bellezas que un harén,
dame siquiera una hermosa
para reclinar mi sien.

"Diamantes entre ellos ví
perlas también admiré;
dame siquiera un rubí
que yo diamante lo haré.

"Dame... pero ¿qué me importa
tus encantos ni tus bellas?
¡si ya mi alma no soporta
ni el contemplarlas a ellas!

"¿Qué me importa si tu mano
no puede sin ser delito
mostrarme el ángel tirano
de mi corazón marchito?...

"Haz que Dios dé maldiciones,
que el infierno brinde amor,
y saldrá de estos balcones
un suspiro de favor.

"Y no seré ya un cipré
levantado en un jardín,
o un esqueleto de pie
dentro de alegre festín".

Y huyó repentino
siguiendo el camino
de extraño lugar...
Tal vez a la muerte
quisiera por suerte
ligero llegar.

Y era de noche—y la una,
mudo silencio reinaba
y entre celajes la luna
muy débil luz derramaba.

Montevideo, Enero de 1842.

ILUSION

Todo eres tú: — los cielos sin colores,
Tibia la brisa, sin su luz el día,
Turbios los ríos, sin olor las flores
Donde no encuentro la adorada mía.

Todo eres tú: — sin fuerza la memoria,
Mi vida es una vida sin pasado,
Que no tiene más flores, más historia,
Que el solo nombre de mi bien amado.

¿Me amas? ¡oh, soy feliz! Pero, ángel mío,
A mi felicidad falta una cosa:
Vamos a orillas de mi patrio río
A respirar su brisa deliciosa.

Sin Buenos Aires, a mi labio toca
Siempre la miel mezclada con veneno;
Ven a mi patria, ven, y mi alma loca
Rebose de placer dentro mi seno.

¡Oh, sí, tú vienes ya! ¡qué hermoso río!
Estas son de mi patria las orillas;
Míralas con placer, encanto mío;
Y... ven ahora... pronto... en mis rodillas.

Así... tiende a la espalda tus lánguidos cabellos,
Inclíname tu rostro teñido de rubor;
Tus ojos en los míos para cambiar con ellos
Inmaculados rayos del fuego del amor.

Consiente que mis brazos estrechen tu cintura;
Reclina aquí en mis hombros tu alabastrina sien...
Al río ha enamorado tu angélica figura,
Y besa con recato tu delicado pie.

El sol acaba — ¡mira! — de sepultar su frente
¿Qué cielo hay más hermoso que el que nos cubre [aquí?
Mira ese azul tan limpio, tan terso; solamente
Habrá en el alma tuya tranquilidad así!

¿No sientes un aliento purísimo de aromas
Que te dilata el alma, que espíritu te da?
Son brisas que nos llegan de las floridas lomas
Y las sahumadas islas que baña el Paraná.

Si bajo de estos cielos tan límpidos y hermosos
No se alza entre sus nubes el trono del Señor,
Bien pueden a lo menos alzarse majestuosos
El trono de la gloria y el templo del amor.

Repíteme al oído... ¡despacio! — que no sienta
El adormido río los ecos de tu voz;
Repíteme, alma mía, que tu alma se alimenta
Con el amor que puso dentro mi seno Dios.

¡Mi amor! Deja — se vuela fugaz hasta las olas
El velo que cubría tu pudorosa sien;
Las brisas se lo lleven, y que mis manos solas
Te cubran y te guarden, mi enamorado bien!

AMOR

Amor, amor la delicada brisa;
Amor las flores que brotó el pensil;
Amor, amor la nacarada aurora,
Amor nos canta el ruiseñor gentil.

Gloria, honores, riqueza, poderío,
Son chispas de bellísimo fulgor;
Pero hay luto con ellas en el alma,
Dolor glacial, cuando nos falta amor.

Amor es el destino de la vida,
Vida de la infinita creación,
Y creación sublime del Eterno
En un rapto de santa inspiración

Venga el dolor si en el dolor se anida
Una chispa siquiera de pasión;
No hay, no, presente ni futuro al alma
Si es un páramo yerto el corazón.

No más que la mujer a quien amamos;
No más que sus caricias y su amor,
Recuerda con placer el pensamiento
En medio a los instantes del dolor.

Amor para ser grande es necesario;
Para ser bueno y generoso, amor,
Y de la gloria la corona es bella
Con el aplauso de amorosa voz.

Amor, amor la delicada brisa;
Amor las flores que brotó el pensil;
Amor, amor la nacarada aurora,
Amor nos canta el ruiseñor gentil.

CANTO DEL TROVADOR

Con las sombras de la noche,
Suspirando el corazón,
Llega al pie de tus ventanas
A cantar el trovador.
Todo es mudo y misterioso,
Todo sombras en redor;
Niña hermosa que despiertas
¿Tú no hospedas el amor?
Escucha sus cuitas ¡oh niña, por Dios!

Abre, hermosa, tus ventanas
Que aun no brilla el claro sol;
Y la luz de tus pupilas
Sea el sol del trovador.
Abre, niña, que mañana,
Palpitando el corazón,
Rogarás por que te ruegue
En las noches el amor.
Escucha sus cuitas ¡oh niña, por Dios!

LOS TRES INSTANTES

EL 4 DE OCTUBRE

Bella como la imagen de mis sueños;
Pura como la risa de la infancia;
Triste como las sombras de la tarde;
Libre como la brisa del desierto:—

Así encontréla un día,
A la hechicera mía;
Así, como reviste
Mi mente la hermosura:
" Tan bella como triste,
" Tan libre como pura. "

EL 4 DE NOVIEMBRE

Sensible cual la blanda mariposa;
Ardiente como el alma del poeta;
Tierna como la tórtola en su nido:
Mía como del hombre el pensamiento:—

Así la oprimí un día
Contra mi seno hirviente;
Así, cual yo tenía
La mujer en mi mente;
" Sensible como ardiente.
Y tierna como mía. "

EL 17 DE NOVIEMBRE

Para siempre cual humo en el espacio;
Cual meteoro que pasa fugitivo;
Cual idea en delirios inspirada;
Cual el alma del cuerpo desprendida;

Así perdíla un día
Cuando pensé era mía
Hasta la eternidad;
Así, para mis ojos
No heredar ni despojos
De la felicidad.

Negro como la noche misteriosa;
Agrio como las heces del veneno;
Frío como el cadáver de la tumba;
Mustio como la lumbre del osario:—

Así quedó de entonce
Marchito y aspirante
Mi espíritu de bronce;
Así, que un solo instante
Bastó para poseerla,
Bastó para perderla.

AYER Y HOY

Vía correr las horas mi destino
Como ven los desiertos a la brisa:
Que sin hallar escollo en su camino
Tranquila, muellemente, se desliza.

Veo pasar mis días, silencioso,
Como el hojoso bosque el recio viento:
Encontrando y luchando tormentoso
Con ramas mil y tronco corpulento.

Pero si ayer pasaban sin enojos
Esos tan dulces días de la calma,
Será porque tocaban a mis ojos;
Hoy todos al pasar tocan el alma.

EN EL ALBUM

DE

L. H. DE C.

Mi amiga, ¿lo recuerdas?
Yo era niño, y dichoso todavía,
Cuando miré la flor de tu hermosura
Fragante abrirse con el alba pura
Que anunció de tu vida el claro día.

Niños ambos, ¿recuerdas?
Las huellas de los dos marcó el destino
Fué la tuya de mirtos y azahares,
Y de amargos pesares
Sembrado estaba mi infeliz camino!

Otra vez en el mundo
Nos volvemos a ver; tú eres la misma;
El tiempo pliega ante tu pie sus alas;
¡Y yo? mi juventud perdió sus galas,
Y a mi bella ilusión se rompió el prisma!

Peregrino en la tierra,
No llevo una esperanza dentro el alma:
Y si tras de mi pie nombre existe,
No es en un corazón: — él queda triste
En alta roca o solitaria palma!

Mañana de mi estrella
Yo seguiré otra vez el rayo incierto;
Y ¡quién sabe, Luciana, si en el mundo
Nos volvemos a ver! ¡Si el mar profundo
Habrá de ser mi tumba, o el desierto!

Mas no será en la roca
Esta vez, ni en la palma donde deje
Las letras de su nombre el PEREGRINO
Esta vez es más bello su destino,
Y orgullo sentirá cuando se aleje:

Queda en tu álbum, mi amiga,
Bajo la lumbre de tus ojos, bella;
Como pobre inscripción en rica losa,
Bajo los rayos de la luna hermosa,
O de la luz benigna de una estrella.

A...

Rosa fragante del Edén caída;
Angel proscrito que perdió sus alas;
Perla hermosa del alba desprendida;
Hebra de luz de las etéreas galas;
Paloma que ha dejado misteriosa
Las selvas que habitó en el paraíso;
Fantasía de Dios en noche hermosa,
De que hizo luego terrenal hechizo;

¿Quién eres, di, beldad fascinadora;
Hálito de purísimas esencias
Que embriaga el corazón y lo enamora:
Que bajo indefinibles apariencias
Al través muestras de encantado velo
Entremezclado el mundo con el cielo?

¿Quién eres que al poder de tu hermosura
Se ata de nuevo al mundo,
Y vuelve a sus perdidas ilusiones,
Aqueste corazón que la amargura
Apuró del dolor? Que en lo profundo
De su ser misterioso sumergido,
Dijo ¡adiós! al placer y a las pasiones;
Y, de su propia vida desprendido,
A la fe y la esperanza estaba muerto,
Ajeno al mundo, a los amores yerto?

¿Quién eres que levantas misteriosa
De mi alma yerta los oscuros velos,
Como el alba las sombras de los cielos
Con sus manos de nácar y de rosa?

¡Y, cómo no admirarte! ¡cómo mi alma,
Que sufre las angustias del poeta,
No revivir para perder su calma;
No reanimar la inspiración secreta,
Si hay en tí más belleza y poesía
Que en cuanto dora el esplendor del día!

Corriendo en pos de mi destino incierto,
He surcado los mares,
He pisado la sien de las montañas,
He cruzado el desierto
A la luz de los pardos luminares;
Solitario he dormido
Entre las sombras de la selva hojosa,
O entre flexibles y sahumadas cañas,
Y he despertado al lánguido quejido
Que da de amor la tórtola medrosa;
Mi religión, mi libro, mi belleza
Fué siempre la gentil naturaleza,
Pero hallo en tí más alta poesía
Que en cuanto he visto bajo el claro día.

En una noche lánguida y hermosa,
Sobre una mar tranquila
Como el cristal de plácida laguna,
He visto levantarse silenciosa
En columnas de luz la blanca luna:
¡Panorama magnífico que en vano
Pintar querría con mi acento humano!
Pero ¡ay! sobre tu frente de alabastro
Hay mayor majestad, mayor dulzura
Que en la frente del astro
Que rasga el velo de la noche oscura.

Yo he cruzado mis brazos fascinado,
Al contemplar la brillantina lumbre
Que en el cielo del trópico inflamado,
En bella muchedumbre,
Derraman los luceros rutilantes.
Allí se mira en ellos
El ópalo, el zafiro y los diamantes,
Y, a sus raros y mágicos destellos,
El alma se electriza
Y tierno el corazón se poetiza.
Pero ¡ay! ¡en tus pupilas celestiales
Hay más luz que en los astros tropicales!
Espiral de la llama que calienta
Tu tierno corazón; fuego divino
Que tu espíritu de ángel alimenta,
Y que en dulce destino,
Al dar a mi alma agitación suprema,
Más la enamora cuanto más la quema.

En medio del desierto, de repente
La brida a mi caballo he recogido,
Para mirar en el lejano oriente
Un trono de topacios suspendido
En pedestal de nácar y rubíes;
Y sobre gradas de purpúreas rosas
Llegar al trono la naciente aurora,
Desatando las cintas carmesíes
A sus cabellos de oro, y las hermosas
Perlas que entre sus hebras atesora;
Derramar luego de sus tiernos ojos
Los tranquilos destellos del topacio,
Y el reflejo fugaz de los sonrojos
Que la vista del sol causa en su frente:

Llenar después de esencias el espacio
Dando su labio el matinal ambiente:
Y grabar por doquier el sacro sello
Que pone Dios en lo sublime y bello:

Pues bien; en tí mi admiración divisa
Poesía mayor, mayor encanto,
Que en esa aurora que revela tanto
La existencia del Dios que la improvisa.

¿Quién al ver la frescura de las rosas
En tu semblante virginal podría
Echar de menos las que muestra hermosas
El rubio oriente al asomar el día?

Cuando en fugaz agitación sonríes,
¿En qué cambiante de su luz la grana
La radiante mañana
Hallará de tus labios los rubíes?

¿En cuál nácar del alba tu garganta
Y el alabastro de tu ebúrneo seno,
Cuando, de vida y de suspiros lleno,
Con tu aromado aliento se levanta?

¿Con qué cuadros de luz, con qué espirales
La hermosa aurora a disputar se atreve
Las gracias virginales
Que, en movimiento blando,
Se deleitan jugando
En derredor de tu cintura leve?

¡Oh! si te hubiese visto un solo instante
Allá en los tiempos en que el alma mía,
Feliz y delirante,
Era todo entusiasmo y poesía,
Yo no hubiera pedido prosternado
A la naturaleza,
Los misterios sin fin de su belleza
Que en mi Lira después se han escuchado!

Tu suprema hermosura
Mi enamorado labio cantaría;
Y, de tus ojos a la lumbre pura,
Divino fuera mi mundano verso,
Y mi verso te haría
Divinidad también del universo.

Para adornar tu espléndida cabeza
Pediría a la gloria
Lauros que eternizaran la memoria
De mi amor y tu célica belleza.

Tu corazón que espera,
Cual un arpa eoleana
El primer soplo con que amor le hiera
Para dar tierno su amoroso acento,
De mi pasión temprana
Sentido hubiese mi abrasado aliento.
Yo buscaría en tí la oculta fibra
Que pulsada una vez se agita y vibra,
Y hace que la mujer, sin saber que ama,
Arda de amor en la sensible llama.

Entonces ¡ay! bebiendo de tu boca
Savia de vida, espíritu de amores,
Mi vida fuera un piélago de flores;
Y el alma mía de entusiasmo loca,
Haría caprichosa
Del mundo un Éden, y de tí una Diosa.

Con mis manos tu frente cubriría
Para que el sol no ajara tu hermosura,
Y en hálitos de amor perfumaría
El aura que rozase
Con su ala fugitiva tu sien pura.

Yo pondría en tus hombros mi cabeza,
Jugaría mi mano con tus rizos,
Y entonces ¡ay! de Laurà la belleza
Mi amor envidiaría y tus hechizos,
Pues más enamorada sonaría
Que la voz del Petrarca la voz mía.

En supremo embeleso
Robaría a tu labio el primer beso,
Y ¡ay! de Leonora la amorosa historia
Olvidaría el mundo, y la hermosura
Que dióle al Tasso su inmortal diadema!
Yo con la luz de mi radiante gloria
Diera más brillantez a tu ternura,
Más vasto imperio a tu beldad suprema;
Y en las alas del tiempo y la memoria
Volarían mis cantos,
Eternos con tu amor y tus encantos...

Delirio celestial, huye de mi alma,
¡Mi pecho es una tumba, y quiero calma!

Allá en el occidente
Un astro baja su radiosa frente,
Esa es mi juventud... esa es mi vida
Por el genio del mal tan combatida!
Hasta mis tristes ojos,
Llegas tú, criatura indefinible,
Cuando ya sólo quedan los despojos
De lo que fué mi ser. Mano terrible
Puso el dolor en mi temprana vida,
Y, a la hazaña homicida
Con que apuró en mi pecho sus rigores,
Se agostaron las flores
Lozanas de mi mente;
Los años para mí se apresuraron,
Y, de mi joven frente,
La corona de amor me desataron.

Pero no; todavía
No soy bien infeliz, pues que en mi seno
Queda una fibra que vital palpita,
Al talismán de tu sin par belleza;
Cual de un jardín ameno
Que el huracán aniquiló en la noche
Suele quedar oculta dentro el broche
Una flor que levanta su cabeza
Luego que el aura matinal la agita.

Aun quedaba en mi Lira una armonía—
La postrera quizá—sentida, ardiente—
Flor que robo al jardín del alma mía,
Y oso ponerla en tu virgínea frente.

A TI

¿Qué te han hecho las flores
Que burlando su aroma y sus colores
Vas a humillarlas en su propio trono?
¿Por qué pones al lado de la rosa
Tu cintura gentil, tu frente hermosa?

¿Por qué te acercas para hacerle agravios
Al clavel purpurino con tus labios?
¿Por qué a la flor ligera
De la leve inocente enredadera
A acariciar te atreves
Con tus manos más puras y más leves?

¿Por qué la esencia pura
Que exhalan ellas de su cáliz lleno,
Humilla con sus hálitos tu seno
Perfumado de amores y ternura?

Déjalas donde habitan,
Donde amanecen y se ostentan bellas,
Pues las flores más lindas se marchitan
Si estás en el jardín al lado de ellas.

Deja esos brotes pobres de la tierra
Que gocen de su corto y fugaz día,
Que harto aroma y beldad en tí se encierra,
Brillante flor de hermosa poesía.

Flor que en mis sueños de oro
Imaginé en mi seno colocada:
Que luego a mi ilusión dejó burlada:
Y que si más se esquiva más la adoro.

A TERESA

I

Alma del alma mía,
ya en tu labio los hálitos no aspiro
del aire de mi frágil existencia,
y ya en tus ojos lánguidos no miro
la clara luz de mi risueño día.
Mas ¡ay! si de la esencia
del cáliz de tu alma tu suspiro
el nombre lleva de tu triste amante,
si tu mano al pasar sobre tu frente
la imagen mía en tu memoria siente,
qué me importa de tí, llorar distante.

II

Teresa, ya el destino
nos separó ¿es verdad? pues bien; escucha:
Cuando ya no he de hallarte en el camino
de mi vida quizá; cuando aun es mucha
la juventud que a mi existencia queda;
cuando todo el aroma de sus flores
arrebaté ambicioso a tus amores,
antes, bien mío, que olvidarte pueda
la fuerza de olvidar muera conmigo.
Que en supremo embeleso,
para siempre jamás dejé contigo
con mi primer amor mi último beso.

III

Sí, Teresa, es verdad, el pecho mío
dijo adiós al placer cuando mi mano
tocó la tuya por la vez postrera,
mientras el labio
se negaba al rigor de la palabra;
y sólo el llanto del dolor tirano
que barrenaba mi alma y ahora labra
con agudo puñal tu nombre en ella
te dijo *adiós* para seguir la estrella
sin lumbre, sin destino,
que colocó el infierno en mi camino.

IV

Y si al amor no dije
¡ay! otro adiós también, mi tierna amiga,
es porque mi alma para siempre elige
este amor celestial que por ti abriga.

V

Vivirá enamorada
de tus dulces recuerdos mi memoria;
vivirá iluminada
por un rayo de amor, la hermosa historia
de mi primer amor y mis placeres,
en el fondo del alma que te adora;
y entonces ¡ay! ¿qué pueden las mujeres
y las pintadas flores,
la blanca luna y la radiante aurora,
qué pueden ¡ay! si pienso en tus amores?

VI

Cinco de Enero ven; ven a mi mente
y vive en medio a mis amargas penas,
        como la clara fuente
del desierto abrasado en las arenas;
cual la perla escondida entra las olas
del irritado mar, cual la esperanza
en el obscuro abismo de la vida,
coronando de bellas aureolas
        esa cumbre fingida
do el inexperto corazón se lanza.

VII

Ven a mi mente, ven; vengan contigo
sus encantos, su amor, sus juramentos,
su dulce acento al suspirar conmigo,
sus rizos por su sien y la sien mía,
su temblor virginal y los alientos
abrasados de amor, y los sonrojos
en su pálida tez, y los desmayos
de su abrasada frente, y, como el día
del cielo tropical, aquellos rayos
que amor brotaban de sus tiernos ojos.

VIII

Ven a mi mente, ven; vengan contigo
las palabras aquellas que ninguna
¡ay! ninguna mujer pronunciar pudo:
"Hoy, más libre que nunca, tierno amigo,
"queda tu corazón; si mi fortuna

"te ligó a mi existencia en dulce nudo
"el amor solamente
"y no el deber y compasión inspiren
"tu beso abrasador sobre mi frente,
"cuando mis ojos con placer te miren."

IX

¿Quién fué jamás tan noble y generosa
quién más abnegación hizo y más pura
que la que esos acentos
revelan tan sencilla y tan hermosa,
de la más bella y tierna criatura,
en los mismos momentos
de sostener la sien de su querido
con vértigo de amor desfallecido?
¡Mas, qué mucho, mi Dios, si todo en ella
es la dulce expresión de la más bella
y tierna poesía
que inspirada brotó tu fantasía!

X

Mujer de filigrana que al mirarla
parece que los hálitos del aire
o los rayos de luz pueden matarla;
yo no sé si a la blanca flor del aire
la podré comparar, si al esmaltado
tímido picaflor sobre la rosa,
o la opulenta en galas
sensible mariposa
sobre un jazmín su pecho esmaltado,
y oro vertiendo sus celestes alas.

XI

Llegad, horas tan dulces de la tarde
donde se esconden de la historia mía,
mi universo, mi Dios, mi poesía,
y la suprema gloria
de que hace el corazón altivo alarde.
Llegad a mi memoria,
horas en que posaba mi cabeza
desmayada de amor sobre aquel seno
rebosando de encantos y belleza,
vacío de doblez y de amor lleno.

XII

Allí la suavidad de los jazmines
mi rostro acariciaba;
allí el olor del sándalo embriagaba,
mi sien que se adormía
y al despertar volvía
del tierno corazón a los latidos;
y a las auras con hálitos de rosas
que en vez de alientos por mi sien corrían
y de sus dulces labios encendidos
derramaba mi hermosa,
en besos que a mis ansias respondían.
Cuando al mirarme tierna, poco a poco
su cabeza inclinaba, y con sus rizos
cubriéndome el semblante, confundía
al fin su ardiente boca con la mía.
Y de deleite loco,
y loco con su amor y sus hechizos,
mi corazón la sangre que encerraba
a mi apagada tez precipitaba.

Así el sol en la tarde
a medida que baja su alta frente,
va enrojeciendo el pálido occidente
hasta que en llamas purpurinas arde.

XIII

¡¡Embriaguez celestial!!—Llegad tranquilas
como la dulce luz de sus pupilas,
horas de la oración a mi memoria.
Yo he gozado en vosotras todo cuanto
puede a un mortal envanecer de gloria,
gloria del corazón, placer sin llanto.

XIV

¿Qué caricias me son desconocidas
bajo del pardo velo
con que cubrís tan lánguidos el cielo?
¿Qué palabras sentidas
no llegaron al fondo de mi alma,
puras y religiosas cual la calma
en que absorbéis el pálido universo?
¿Qué tierno melancólico suspiro
no enlutó mi alegría,
como en vosotras, al morir el terso
rayo del sol en perlas y zafiro,
la primer sombra de la noche umbría;
cuando con ella conversando a solas
hasta el *adiós* postrer iba la mente,
hasta el cruel *más allá* de lo presente
y hasta mi nave en medio de las olas?
Y ella, dando valor al alma mía
con sus mismas palabras más sufría;
así una débil lámpara derrama
roja luz que deslumbra una pupila,
y cuando brilla más, más se aniquila
y se consume con su propia llama.

XV

Sufría, sí, porque su rostro bello,
su célica hermosura,
tienen menos que Dios el claro sello
que de su alma la cándida dulzura.
Mujer que amando vive y moriría
si a su vida el amor faltara un día.

XVI

¡Misterios del Eterno! Aquese pecho
que guarda sus más dulces afecciones,
puede sentirse de repente estrecho
al raudo temporal de las pasiones;
así en el Paraná, linfa del Plata,
y entre sus islas de aromadas flores
la corriente sus ímpetus desata,
y las ondas estallan sus furores.

XVII

Sí, Teresa, tú en medio del embate
de la vida y el mal en torpe guerra,
eras cual blanca flor en yerma y ancha
arena de un combate
que enrojeció la tierra,
sin tener en las hojas ni una mancha,
y sin que el ámbar agostarle pueda
el vapor de la sangre o la humareda...
¡Oh, y no te olvidaré! y no el cederte
siento, mi corazón hasta la muerte;
¿sabes, sí, lo que siento hasta el exceso?
No haberte dado a ti mi primer beso.

XVIII

Mas ¡ay! mi bien, no envidies la fortuna,
en mi primera edad de otras mujeres;
en los brazos de cien no amé a ninguna,
amaba solamente los placeres,
las fuertes emociones,
las romanescas verdes ilusiones.
Para mi joven pensamiento loco,
era, por Dios, el Universo estrecho,
y toda novedad era bien poco
a la ambición de mi agitado pecho.

XIX

Seguía por doquiera
de mi destino el fallo,
y asistir a la cita de una hermosa
o domar un indómito caballo
fué siempre para mí la misma cosa.
No envidiéis, pues, Teresa, otras mujeres;
yo no amé la mujer, sí los placeres.

XX

Era sólo la fiebre de la mente
quemando de mi ser la primer fibra;
era la tempestad que en el oriente
de mi vida se alzaba, y que en mi seno
estallaba furioso el primer trueno
que apenas hoy en mis oídos vibra.
Ese tiempo pasó, vino la calma,
vino el amor en su pureza al alma,
y te he dado, mujer, en mi embeleso
con mi primer amor mi último beso.

Montevideo, Junio de 1846.

A TERESA

5 de enero

¡Día eterno a su memoria!
La primer hoja de gloria
En que comienza la historia
De su ardiente corazón!
Historia corta, escondida
De su pecho en lo profundo,
Pero que vale una vida
Inefable sobre el mundo,
Un siglo en la creación.

Día cuyo sol divino
Lanzará siempre al camino
Del errante Peregrino
Un rayo de claridad.
Recuerdo bello y constante,
Que en su memoria incrustado,
Cual magnífico diamante
Dará luz al desgraciado
Recuerdo de su orfandad.

¿Qué importa que el día de oro
Le mostrase su tesoro
Como rápido meteoro
Tu luz en la lobreguez?

Bendito el hombre que diga:
Mi alma un recuerdo en el mundo
De felicidad abriga,
Que robó a un solo segundo
En una suprema vez.

Gracias, hermosa señora;
El corazón que atesora
Tu pura imagen que adora,
Gracias rendido te da.
Solo una vez en la vida
Fué feliz el Peregrino;
Gracias, su bella querida,
En tu recuerdo divino
Grabado ese tiempo está.

Sus primeras impresiones,
Fueron esas afecciones
Que sienten los corazones
En su primer juventud;
Esas dulces simpatías
Tranquilas y fraternales,
Que las almas de armonías
Gozan casi virginales
En su tierna beatitud.

Y el amor de esa María,
Que en otro tiempo creía
Su entusiasta fantasía
El fuego de la pasión,
Era apenas el ambiente
Purísimo de su alma,
Que agitaba dulcemente,
En su primitiva calma
Su sensible corazón.

Era el amor a las flores,
El amor a los colores
Con que pinta los albores
El risueño amanecer.
Pero no estaba en su seno
La vida de las pasiones,
Con su savia y su veneno,
Con sus rudas impresiones,
Con su salvaje poder.

Poder que hiere de muerte
El pensamiento más fuerte,
Y que no deja otra suerte,
Que el suicidio o el amor.
¡Ay! tú lo sabes, señora:
Tú fuiste quien en su pecho
Marcó la primera hora
Del temporal que deshecho
Batió a la pasión en flor!

No lastima más la frente
El rayo rojo y ardiente
Del sol que brilla inclemente
Bajo el arco ecuatorial,
Que tu lánguida pupila,
Cuando en un año de penas,
Estuvo fija y tranquila,
Quemando su alma y sus venas
Con su rayo celestial.

Y no ruge una tormenta
Del trópico más violenta,
Cuando la calma fomenta
Del Eter la pesantez,

Que en los senos de su alma
Su oculta pasión rugía,
Fomentada por la calma
Que en tu rostro percibía
Y en tu fingida esquivez.

Mas el náufrago que toca
Casi expirando la roca,
Donde a sus fuerzas convoca
Para alabar al Señor,
No siente, no, la alegría,
El puro contentamiento,
Que el PEREGRINO aquel día
En que bebió de tu aliento
El primer soplo de amor.

Tibio el sol de tus rigores,
De su alma entonces las flores
Volvieron a sus colores
Y a su frescor otra vez;
Y al soplo vivificante
El cáliz todas abrieron,
Y de su aliento fragante
En tu atmósfera esparcieron
Los hálitos de embriaguez.

¿Recuerdas? ¡Cómo te quiso!
¡Cómo vió hecho un paraíso
De oculto mágico hechizo
El universo por tí!
¿Recuerdas, Teresa, el lago,
Y la luna y la barquilla?
¿Recuerdas el dulce halago
Con que del mar a la orilla,
Te hablaba una tarde así?:

Alma del alma mía, cuán bella es esta hora
Sintiéndote a mi lado y a orillas de la mar!
¡Ay! cómo eres hermosa! El sol se descolora,
¿No ves? Se ha enamorado de tu beldad quizá.

Yo sé que es muy sublime para que dure mucho
La dicha que los cielos me han regalado en tí;
Mas no pensemos esto. — Cuando tu voz escucho,
De todos los mortales yo soy el más feliz.

Mi orgullo es el amarte. Mi lauro de poeta,
Poseer para mi lira tu celestial amor;
Tener entusiasmado, dentro la mente inquieta
Los últimos sonidos de tu adorada voz.

¡Qué linda es tu cabeza, mi enamorada hermosa,
Qué bien una corona vendría en esta sien!
¡Cuán dulce es tu mirada! Tú no eres una Diosa,
Pero algo eres al menos más bello que mujer.

Con tu amor, entusiasmado,
Fué muy feliz a tu lado;
Fué también muy desgraciado,
Bien — ya todo se acabó...
Mañana también la historia
De aquellos dulces momentos,
Se acabará en tu memoria,
Sin fuerza los juramentos
Que de tu labio escuchó.

¡Oh! no te ofendas, Teresa!
Todo en la naturaleza
Nace y muere con presteza
Por una ley eternal!

Y en el corazón humano,
Sólo hay un amor tan fuerte,
Que pasa puro y lozano
Desde la vida a la muerte,
Y es el amor maternal!

Sólo también cuando el seno,
Siempre de suspiros lleno,
Está tragando el veneno
De la orfandad y el dolor;
Queda en la memoria fijo
Aquello que antes solía,
Como bálsamo prolijo,
Curar la melancolía
Que nace del desamor.

Mas tú eres mujer y hermosa,
Muy sensible y generosa,
Para que pueda ominosa
Ser la suerte para tí.
Tú olvidarás al proscrito;
No importa: gracias, señora,
Por aquel tiempo bendito...
Un mes, un día, una hora,
El te lo agradece, sí.

Bajo de cielos extraños
El transita ha muchos años
Camino de desengaños
En su triste juventud,
Para poder en la vida
Sorprenderse con despecho,
Al ver que la más querida
Mujer de su ardiente pecho
Le guardó una ingratitud.

Y más que en el mar arenas,
En su corazón hay penas
Para poder las amenas
Horas de amor olvidar...
Ya está contento el destino,
Ya son horas del pasado,
Ya suspira el Peregrino
Por el viento acariciado,
En los brazos de la mar.

YO TE PERDONO

Del PEREGRINO la voluble estrella
Vertió en su ocaso repentina luz,
Y más hermosa que la hermosa aurora
Al PEREGRINO te mostraste tú.

En los delirios de su ardiente pecho
Lleno de fe te consagró su amor,
Y de una vida para amar formada
Tiró a tus plantas la temprana flor.

Temblando el alma de esperanza y dudas,
Pálido el rostro, se postró a tus pies,
Y allí el volcán que le abrasaba el alma
Por sus alientos descubierto fué.

Mas tú, ¡la ingrata!, como el bronce, fría,
Ni amor sentiste ni piedad en tí,
Cuando a las piedras conmover pudiera

El tierno amor que lo alentaba allí.
En vez de acento compasivo y blando,
Rigor y ofensas recibió su amor;
Y con el soplo de glacial desprecio
Helar quisiste su abrasada voz.

Tú, la que ostenta bondadoso rostro;
La que habla siempre de virtud y Dios,
Tú no sentiste compasión siquiera
Por las angustias de su tierno amor!

Bondad que al rostro le prestara el arte;
Virtud mentida, religión falaz:
Donde no hay llanto para el llanto ajeno
No hay virtud, no, ni religión jamás.

Mas no es tu culpa si el aroma falta
De tu beldad en la brillante flor;
Y el PEREGRINO sin enojos dice:
Cual te perdono, te perdone Dios.

Hermosa estatua del jardín humano;
Obra perfecta del mejor cincel,
Si un alma hubiese en tu cuerpo frío
Fueras un ángel del soñado Edén.

De tus desdenes el rigor olvido,
Que amar no puede el que le falta amor;
Y, pues no quieres lo que no comprendes,
Cual te perdono, te perdone Dios.

DESTELLOS DEL DOLOR

Cuando la noche su manto,
presagiando negro espanto,
sobre la tierra desplega
y a la obscuridad entrega
aire, cielo, tierra y mar,
y va el alto firmamento
guardando el rico ornamento
de refulgentes estrellas,
que suelen sus luces bellas
al mismo sol eclipsar;

cuando con aspecto fiero
el relámpago ligero
cruza el aire, desparece,
y más súbito aparece
con brillante luz furtiva,
y se va viendo la esfera,
en instante, como hoguera
símil del infierno mismo,
en instantes como abismo
de tiniebla aún más esquiva;

cuando mil nubes rodando
fugitivas y tronando
van siguiendo airado al viento,
que hace crujir en su asiento

al sólido negro mundo;
y roto el preñado seno
de aquellas se siente el trueno
retumbando sordamente,
y aterrador de repente
vomitar rayo iracundo;

cuando, en fin, naturaleza
velozmente su belleza
cambia, como por encanto,
en lúgubre horror y espanto
próximo fin anunciando:
entonces, ¡oh, cuál se goza
toda mi alma que rebosa
en el mar de la alegría:
la triste melancolía
se va de mí suspirando!

Los fatales sufrimientos,
los crueles presentimientos,
el destino que a mi lado
siempre en llanto y enlutado
me señala el porvenir,
por hechizo desparecen
al instante que aparecen
sobre el cielo las señales
que los tímidos mortales
miran pálidos gemir.

A su aspecto ellos sus pechos
de temor sienten deshechos,
se concentran, se resienten,
se conmueven, se arrepienten,
todo es luto y confusión,
miran sólo en los horrores

al Eterno en sus rigores,
y al lucir fugaz el rayo
presagiar ven en desmayo
la celeste maldición.

No así siéntese mi alma,
que embriagada en dulce calma,
al crujir los elementos
la conmueven sentimientos
de simpático dulzor;
y mi mente enardecida
sin volar al cielo herida,
se recrea en su presencia,
son, me dice, *tu evidencia*
esos piélagos de horror.

¡Oh, cuán cierto! ¿Qué es mi vida
sino sombra confundida
entre un éter que enlutado
lo dejó impropicio el hado
al lucir mi juventud?
Mis pensamientos, ¿qué abortan
sino chispas que confortan
un instante mi ardimiento,
y en el caos del sufrimiento
pierden luego su virtud?

¿Qué es mi alma sino el seno,
do se agolpan cual el trueno
mis violentas afecciones,
que enlazando mis pasiones
con el genio del pesar,
las enconan, las alientan,
más violentas las presentan,
cual los vientos que encontrados
mil alientos inflamados
lanzan fieros al chocar?

En la edad en que el destino
lleva al hombre por camino
donde sólo sus sosiegos
ve turbados por los fuegos
del engaño y el amor,
ya mi vida, cual un fluido
de mil vientos combatido,
ha vagado sin ventura
por un valle de amargura
bajo un cielo de rigor.

Así sólo cuando el mundo
aterrado y gemebundo
llora envuelto en los horrores
de esos signos destructores,
de esa noche enardecida;
por oculta simpatía
lo venera el alma mía,
y de tanto mal rodeado
balbuceo enajenado:
"Es el mundo de mi vida".

Montevideo, noviembre de 1848.

A PILAR

El día de sus quince años

Hoy el sol de tu vida se levanta;
El alba ya pasó. Brilla en tu oriente
Magnífica su luz, deslumbra, encanta;
¿Nunca una nube eclipsará su frente?

¡Ah, quién pudiera detener la noche
Que los años traen yerta y oscura,
Y bajo eterno sol guardar en broche
La delicada flor de tu hermosura!

¡Bendición sobre tí! Sean tus horas
Gotas de agua de fuente cristalina,
Y sea de placer si inquieta lloras,
Tórtola de mis playas argentinas.

Pura como el perfume de una rosa,
De un céfiro de amor duerme en las alas,
Y al hálito de Dios despliegue hermosa
Tu juventud sus virginales galas.

Flor del aire cuajada entre la brisa
Y la luz y los céfiros del Plata,
Yo veo algo de patria en tu sonrisa
Que alivia el peso de mi suerte ingrata.

Así fué, como tú, la patria mía,
Hija de noble y gloriosa cuna,
Bella, pura, radiante de alegría
Al resplandor de Dios y la fortuna.

¡Pero, ay Pilar, de nuestra patria hermosa
Las lágrimas bañaron el semblante,
Y de nadie una mano cariñosa
Enjugó el llanto en su mortal instante!

Tu suerte es más feliz. Si de tus ojos
Cayera alguna vez líquida perla,
No el soplo del dolor podrá beberla,
Porque el aliento de tu tierno amigo
Irá a secarla al suspirar contigo.

EL SUSPIRO

Detente, suspiro,
no vueles en vano,
no hay pecho que humano
morada te dé;
detente, que miro
burlar tu amargura,
sonreir la perjura,
que es sorda a tu fe.

No olvides que un día
del alma saliste,
que amor le pediste
brindándole amor;
y que ella más fría,
más cruda que el hielo,
burlaba tu anhelo
con fiero rigor.

No olvides que fino
de nuevo a su pecho
volviste deshecho
pidiendo piedad,
y allí tu destino
miraste sin vida,
sintiendo adormida
la negra impiedad...

Regresa, suspiro,
y oculta tu llanto,
que en él mi quebranto,
mis penas se ven.
Regresa y expira
contento en mi suerte;
más quiero la muerte
que frío desdén.

Montevideo, Diciembre de 1839.

UNA TARDE EN EL DACÁ

Aquí el genio se siente libre, y se complace, porque aquí es dulce la meditación; si él agita, ella calma.

I

De una ligera barquilla
la sutil y leve quilla
presto va,
deslizandose en la fina
superficie cristalina
del Dacá.
No arroyos de aguas serenas
sino de sierpes amenas
de cristal,
do se mira retratada
la bóveda dilatada
celestial.
Y en la barca navegando
con el alma palpitando
vengo a él,
a derramar en el seno
de mi espíritu sereno
dulce miel.

Que esa súbita tormenta
de pasiones que se alienta
entre mí,
no puede sino cual llama
sin el aire que la inflama
ser aquí.
Aquí do tanto evidencia
se entrevé de la existencia
del Señor;
y donde sólo se apura
la sutil esencia pura
del amor...
. . . .

II

El sol como globo de pálido fuego
apenas destella lejano fulgor,
y esconde en topacio y perlas y oro,
su ya transparente marchito claror.

Sus débiles rayos que leves penetran
cual finos encajes los bosques se ven;
y llegan al agua dorando su linfa
cual rubios cabellos que sueltos estén.

El suelo y el campo envidia se dan;
las nubes son de oro, y allá unas colinas
cual jóvenes novios con trajes bordados
de rica esmeralda coquetas están.

Y así que las nubes se apagan, del sol
parecen entonces matices manar;
y al céfiro blando que vida les dió
por premio les dejan el ámbar robar.

Las aves que pasan jugando, cantando,
besando las flores que embriagan de olor
y en círculos varios se van delirantes
juntando sus picos al nido de amor.

¡Feliz quien pudiera cambiar su destino,
del ídolo amado cambiarlo a la par,
y en pos de esas aves volar a los bosques
a sólo entre amores la vida pasar!...

. . . .

III

Se ve todavía lucir en la esfera
el bello recuerdo del sol que se fué,
y aquí de las altas hojosas orillas
ya negra la sombra cundiendo se ve...

Que Sibila Erítrea pudiera un instante
venir inspirada y amiga al contarme
cual cosas pasadas los siglos que vienen,
aquestas orillas en ellos mostrarme.

Sin ella a los siglos mi espíritu vuela,
diviso los tiempos... ¡Qué bellos y amenos!
Los hombres diviso... ¡Qué suaves y nuevos!
Se oprimen las manos: se abrazan... ¡Qué buenos!

Y aquestas orillas... ¡oh, ya las contemplo
con casas lujosas que el arte alzará,
y a vírgenes puras cogiendo las flores
de bellos jardines que baña el Dacá!

Y en hora cuál ésta ya ver me parece
surcando el arroyo barquilla de amor;
barquilla que lleva cantando en su popa
pareja de humanos que apura dulzor;

que acerca a la orilla la barca veloz;
que un joven rebata purpúrea una flor;
que luego en un trono de nieve la pone
y un beso por premio le paga el amor.

Que extraños que pasan también por su lado,
en vez de zaherirlos con torpe rigor,
sensibles los miran y dicen: "pasemos,
"que gocen felices... la vida es amor."

Tal vez en un tiempo... ¡ah quién lo gozara!
feliz fantasía, te tornes verdad...
Mas si hoy entre espinas la vida se pasa,
que gocen los hombres siquiera esa edad...

IV

Apenas luz pasajera
del crepúsculo quedó;
y el dorado de la esfera
ya la sombra amarilló.
Sombra vaga y misteriosa
que en su lánguido existir
nos despierta religiosa
los recuerdos del vivir.

A mi barca fugitiva
la detengo en su volar;
para suave y pensativa
quieta el alma suspirar.

Y a los mustios arrayanes
y a las aguas del Dacá
contemplar cual talismanes
en que Dios y amor está.

En que Dios... ¡y qué verdad!
¿En qué mente de criatura
no ha brillado su luz pura,
si vagó en la soledad?...
Si admiró por un instante
algún prado, una colina,
una estrella peregrina,
o a la luna vacilante?...

¿Y qué pecho, cual el mío
joven presa del dolor,
contemplando un manso río
no ha pensado en el amor?
¿No ha deseado que en su brazo
palpitase su querida
y olvidar en su regazo
los tormentos de la vida?

¡Ay! alguno tal vez goce
lo que apenas pienso yo...
que cual de ese sol que huyóse
ni un destello nos quedó.
Así he visto que volaba
para nunca más volver
la lazada que me ataba
con el mundo y el placer.

Mercedes, Enero de 1841.

EL JURAMENTO

No bien asoma en el Oriente el día,
cuando una idea por mi mente umbría
rueda y me dice:
En igual hora de tu bella Elvira
su brazo entre tu brazo se apoyaba,
y cuando el sol a columbrar aspira
tu patrio Plata vuestro pie regaba;
y allí, más puro que la blanda brisa,
era en tu pecho tu profundo amor;
y allí de Elvira la inocente risa
era más bella qu el primer albor.

No bien el sol en el ocaso muere,
cuando una voz mi pensamiento hiere
que me recuerda:
En igual hora de su labio hubiste
el primer beso de deleite lleno,
y a su inocente conmovido seno
veloz latiendo de pudor sentiste,
y vuestras almas cual esencias leves
que exhala en olas delicada flor,
a vuestros labios asomando breves
de un cuerpo al otro las cambió el amor...,

Pero fué en aquel instante
en que se sepulta el día;
hora de melancolía
de luz mustia, agonizante,
y de mi suerte expirante
fué la muda profecía.

No bien la noche por la negra esfera
la mitad corre de su fiel carrera
cuando escucho otra voz:
En hora igual, encapotado el cielo,
temblar hacía el conmovido suelo,
y ella en tus brazos de dolor henchida
ni era cadáver ni sentía vida.
Y hasta su labio que febril latiera
llegando el tuyo por la vez postrera,
besaste a su alma que vagó en su voz
cuando besaste su postrer adiós.

Oye, mi Elvira: Contra tí he mirado
nacer el astro que a los seres cría;
pues que enlutado
cual noche umbría,
me niegue airado
la luz del día,
si otra mujer en tu lugar percibes
acá en el alma do reinando vives.

He visto contra tí llegar la hora
diosa de mis recuerdos y consuelos;
pues que traidora
lleve en su vuelo
lo más amado
de mi pasado;
y ni recuerdo

de dicha alguna
desde mi cuna
conservo yo,
si el corazón donde tu nombre habita
de otra mujer por el amor palpita.

He visto a Dios estremecer la esfera
al abrazarte por la vez postrera;
pues que iracundo
me forme un mundo
de negro horror,
y en él me lance
para que alcance
sólo rigor,
si cuando el ángel de la muerte vea
no eres, mi Elvira, mi postrer idea.

Mayo, 1841.

A UNA SEÑORITA

Es presagio enlutado,
ofrecerme volver lo que os he dado

Si fuera en otros tiempos, os diría:
"No sé si es la verdad, pero parece
que toda bella flor os pertenece;
que el verso y la armonía
son vuestra propia voz y poesía;
y que si alguien dijera
que os da su corazón enamorado,
bien podríais decirle que mintiera
con ingenio más diestro,
pues el pobre cuitado
os daba como suyo lo que es vuestro."
Mas de tales colores
en mis pinceles ni vestigios restan.
Y os diré en el acento
del fraternal intento,
que el corazón, los versos y las horas
se dan acaso, pero no se prestan.
Y que al ponerlas en las manos bellas
de alguna criatura,
se les da lo que en raptos de ternura
hizo la Providencia para ellas.

BRINDIS

EL 25 DE MAYO DE 1852

Contestando a otro del Dr. D. Juan M. Gutiérrez

Recojo de tus labios
la inspiración, y brindo,
por los amargos días
de nuestra juventud:
aquellos que perdidos
en playas extranjeras
pasaban en nosotros
sin porvenir ni luz.

Los dos hemos cantado
las glorias de la patria;
los dos hemos llorado
su bárbara opresión;
los mares, el desierto
y el llanto y las montañas,
conocen de nosotros
la noble inspiración.

Los dos hemos rondado
las puertas de la patria,
besando los umbrales
del suspirado Edén;

los dos al fin nos vemos
donde nos ver quisimos:
en el sagrado templo
de nuestra ardiente fe.

En brazos de la patria
y en medio de la vida,
Gutiérrez, aun tenemos
un voto hecho ante Dios:
tenemos que ser siempre
para la tiranía
proscriptos y poetas,
tal es nuestra misión.

LA AROMA

Insensible del alba al tierno lloro
y al beso de las auras peregrinas,
resplandeces, del sol lágrima de oro,
bella y soberbia en tu millón de espinas.

Engreída en tu altísimo palacio,
halagar y engañar son tus placeres;
te haces mágico dueño del espacio,
llamas de lejos y de cerca hieres.

Ingrata y falsa, sin piedad lastimas
la mano que te busca sin recelo;
y si a cogerte sin temor la animas,
es cuando el viento te postró en el suelo.

¡Ay! la que tanto mal lleva consigo,
la triste ley de su destino aclama:
sin un seno de amor que la dé abrigo,
su destino es morir seca en la rama.

DESPEDIDA

Otra vez por mi suerte inhumana
una bella esperanza yo pierdo
y en el alma clavado un recuerdo
bella virgen me alejo de tí.
Sabrá pronto tu nombre y tus gracias
de los mares remotos la onda:
cuando el sol en su ocaso se esconda
¡ay, Amalia! ¡suspira por mí!

Yo no llevo de tí dentro el alma
ni una dulce palabra siquiera,
para un día en la roca extranjera
escribirla llorando a su pie.
Que es el último instante de vernos
el primero también en que digo
¡ay, Amalia! ¡yo dejo contigo
la más bella mujer que adoré!

Río Janeiro, septiembre de 1844.

ADIOS

En unos versos, fuera ¿lo recuerdas?
Que te hablé de mi amor el primer día
y hoy que está yerta la esperanza mía,
recibe en otros mi postrer adiós.

Quede así el desconcierto de dos almas
entre dos armonías encerrado,
y legando al misterio lo pasado
cual te bendigo, te bendiga Dios.

Yo nací para amarte, y recibiendo
tan suprema misión con embeleso
te he amado criatura hasta el exceso
si exceso cabe en mi pasión por tí.
Te dí mi corazón: lo has desdeñado;
¿debo culparte? no; ¿qué lazo estrecho
puede ligar tu amor al de mi pecho,
si en tí es la dicha y la desgracia en mí?

¿Qué hacer? adiós. El mundo o el Eterno
marca de los mortales el destino;
el tuyo es un arroyo cristalino
que sobre flores discurriendo está;

el mo es el reverso sobre el mundo;
nuevo Mazepa mi alma dolorida,
amarrada en el potro de la vida,
hecha pedazos desangrando va.

A tu pureza angelical responde
toda naturaleza con sonrisa,
y corre el mundo a derramar aprisa
sus flores en redor de tu beldad;
a mí, silencio y soledad me cercan;
y opresa el alma de glacial fastidio,
por extinguir en mi cabeza lidio,
una idea terrible en mi orfandad.

La copa del placer rota en mi mano,
deshecho el prisma que forjó mi mente,
ha mucho tiempo que mi pecho siente
calma extraña en mi fuerte corazón.
Ha mucho tiempo que mi frente baño
en el Leteo del placer mundano,
como Manfredo—procurando en vano,
olvido, nada más, en la ilusión.

¿Cómo ligar nuestros destinos, dime?
¿Cómo prender en mí tan yerma vida
tú, blanca rosa del Edén caída,
que conservas tu aroma celestial?
¿Cómo cambiar tu suerte—ángel que juegas
en el jardín de tu primera aurora,—
por el amor que en mi alma se atesora
si en ese amor hay lágrimas quizá?

Dios inspiró tu resistencia, ¡oh virgen!
y el llanto que ha caído de mis ojos
revelaba de mi alma los enojos,
no contra tí, contra mi propio ser.

Tú, no has hecho en el mundo mi desgracia,
porque esta enfermedad de mi destino,
antes, mucho antes que mi amor le vino;
pero ¡ay! ¡pudiste mi ventura hacer!

¡Por siempre adiós! Prosigue tu camino,
tórtola de las selvas argentinas,
y en agua de las fuentes cristalinas
la sed apaga de tu tierno amor.
Agite apenas tus endebles alas
el soplo de los céfiros ligeros,
y duerme entre los verdes naranjeros
embriagada en el ámbar de su flor.

Yo seguiré también—cóndor salvaje—
entre la ronca tempestad mi vuelo.
y en las vertientes del pedroso hielo
mi sangre hirviente refrescar podré;
y entre la nube do fermenta el rayo
por el trueno y los vientos sacudido,
sobre mis propias alas suspendido
en medio a las tormentas dormiré.

Olvídame también. Mi amor fué puro
como a tí de tu madre el primer beso;
mas, porque fué tan puro mi embeleso
hasta mi nombre olvidaré por tí.
Tú no sabes ¡oh virgen! lo que cuesta
hallar un corazón sobre este mundo,
que siquiera en el giro de un segundo
haga por otro abnegación de sí.

Yo no te olvidaré. Será tu imagen
cuando más gire el tiempo más querida;
y al terminar mi viaje de la vida
en las puertas del cielo diré así:

"Traigo conmigo mundanal memoria;
"pero es tan pura sobre el mundo y bella
"que yo pensaba en Dios pensando en ella
"y vengo a Dios con su recuerdo en mí."

Montevideo, abril de 1847.

INDICE

Tall. Gráf. L. J. Rosso y Cía.
Belgrano 475 — Buenos Aires

Tall. Gráf. L. J. Rosso y Cía.
Belgrano 475 - - Buenos Aires

N 317 0

"LA CULTURA ARGENTINA"

JOSÉ MÁRMOL

ARMONÍAS

— POESÍAS —

Ordenadas y con un prólogo de
CARLOS MUZZIO SAENZ-PEÑA



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1917

END (

TITL

OF

LE